BOLSILIBROS BRUGUERA

SORTEO DEL MILLON

la conquista DEL ESPACIO

EL PLANETA DE LOS HOMBRES PERDIDOS

a. thorkent

CIENCIA FICCION



El Orden Estelar 52
-Ciclo de la Liga Estelar 1-

EL PLANETA DE LOS HOMBRES PERDIDOS

A. Thorkent
(Ángel Torres Quesada)

Portada:
Ángel Badía Camps

PRÓLOGO

Completa el tomo 27 de *Robel* esta novela, inicialmente el número 154 de *La Conquista del Espacio,* un número relativamente bajo, por cierto, para corresponder a los últimos episodios de la serie del *Orden Estelar*. Esto se debe a que originalmente se trataba de una novela independiente incluida por **Ángel Torres** dentro del ciclo del *Orden Estelar* merced a algunos pequeños retoques consistentes en introducir breves referencias a la Superioridad, sin que la línea narrativa sufriera modificaciones significativas.

Paul Koren, el protagonista, es uno de los hombres más ricos del orbe, y sus empresas y posesiones, heredadas de su padre y de otros familiares, se extienden por toda la galaxia. **Paul** es también joven, atractivo y hedonista, razón por la cual lleva una vida muelle cargada de placeres dejando la gestión de su emporio en manos de una legión de administradores, entre los que destaca **Jeremías Ertei,** el principal de ellos.

Otra de las debilidades de **Paul** son las mujeres, sobre todo si son jóvenes y hermosas, y como cabe suponer dadas las circunstancias, éstas acuden a él como moscas a un pastel, reforzándole su bien merecida fama de donjuán. En el transcurso de una de sus innumerables fiestas conoce a una bella muchacha que atiende por el nombre de **Nancy** y, prendado por sus innegables encantos, le propone pasar la noche juntos.

Ella acepta, y se retiran discretamente a sus alojamientos. Una vez allí, y para sorpresa del millonario, la chica saca una pistola advirtiéndole de que va a asesinarlo a sangre fría en venganza por un agravio que el perplejo **Paul** no acierta a comprender. Finalmente, y tras una

refriega, **Koren** consigue desarmar a la muchacha, pero en vez de entregarla a la policía, intrigado por su comportamiento, decide interrogarla con objeto de conocer las razones que la movían a tomar tan drástica decisión, máxime cuando él no la conoce de nada e ignora por lo tanto los motivos de su odio.

Resignada, la muchacha confiesa. Se llama **Samantha Kenton,** y es natural del planeta Kution, un estado independiente vecino de los Mundos Leis, unos planetas primitivos donde siguen imperando la tiranía y la barbarie. Su hermano, **Mauricio Kenton,** es un ingeniero que fue contratado por la compañía Trans-Solar, propiedad como tantas otras de **Paul,** y enviado a Dietar, uno de los Mundos Leis, cuyo rey **Jules** ha suscrito con la Trans-Solar un importante contrato para la construcción de una nueva capital en mitad del desierto. La misión de **Mauricio** era la de diseñar nuevas ciudades, pero a última hora había sabido algo que le había aterrorizado y, pese a sus deseos de renunciar al contrato, se había visto obligado a embarcar rumbo a su destino. Una vez allí se había perdido su rastro, había desaparecido sin volver a dar señales de vida, y los esfuerzos de su hermana por encontrarlo habían tropezado con un sospechoso muro de silencio, negando los responsables de la compañía que llegara a figurar como empleado suyo, y afirmando la policía local que ni tan siquiera había llegado a abandonar Kution.

Sospechando que detrás de la Trans-Solar podía ocultarse algo turbio, y responsabilizándola de la desaparición de su hermano, **Samantha** había tomado por el camino de en medio: puesto que **Paul Koren** era el propietario de la empresa, había fingido ser una admiradora suya para, tras colarse en su fiesta y engatusarlo, quitarle la vida en venganza por lo ocurrido a su hermano.

Paul, por su parte, no sale de su asombro. Confiesa a la muchacha que ni siquiera sabía que esa empresa era de su propiedad; sus administradores hacen y deshacen a su antojo, y él no se preocupa de esos menesteres. Pero sorprendido por la vehemencia de **Samantha** decide ayudarla, proponiéndole que ambos viajen en su yate privado hasta la sede central de su imperio, en Marte, con objeto de entrevistarse allí con **Jeremías Ertei,** el verdadero responsable de la gestión de sus negocios. Y ella acepta.

Mientras tanto, **Ertei** está actuando como un verdadero tiburón financiero, avasallando a todos cuantos tienen la desgracia de interponerse en su camino siempre, claro está, en nombre de **Koren.** Como cabía suponer queda profundamente sorprendido por la repentina aparición de su jefe, pero accede a investigar sobre el tema comunicándole que nada nuevo

hay al respecto, y que no tiene pruebas de que el hermano de **Samantha** llegara a ser empleado suyo. Pero ante la insistencia de **Paul,** accede a viajar con él y la muchacha al propio Kution. Allí les recibe **Corpet,** el gerente de la Trans-Solar, el cual ratifica la versión del administrador ofreciéndose no obstante a darles toda la información de que disponen, negando que **Mauricio Kenton** hubiera llegado a embarcar en una nave de su compañía rumbo a Dietar.

Aparentemente han llegado a un callejón sin salida, pero **Samantha** no tiene demasiado clara la sinceridad de estos dos altos ejecutivos. Además, guarda un as en la manga: un amigo suyo, un humanoide llamado **Jhonan,** trabaja en las oficinas de la Trans-Solar, y le ha comunicado la existencia de un documento, archivado en los sistemas informáticos de la compañía, que serviría para demostrar que **Corpet** miente. Por desgracia **Jhonan** no tiene acceso al banco de datos, pero **Paul,** como propietario de la compañía sí.

El problema estriba en que, de ser ciertas sus sospechas sobre **Corpet,** de nada serviría solicitar una copia de ese documento, ya que lo harían desaparecer antes de llegar a sus manos. Así pues, **Paul** y **Samantha** deciden tirar por la calle de en medio: se colarán sigilosamente en el edificio aprovechando el descanso nocturno y, gracias a que **Paul** cuenta con las claves de acceso, copiarán por sí mismos el documento comprometedor. Claro está que corren el riesgo de ser descubiertos por los vigilantes nocturnos, pero en ese caso a **Paul** le bastará con identificarse; aunque su comportamiento sea similar al de un ladrón, sigue siendo el propietario de la empresa.

Así lo hacen consiguiendo lograr su objetivo, pero finalmente son atrapados por los vigilantes justo cuando procedían a abandonar el edificio. Siguiendo con su plan **Paul** se identifica ante sus captores pero éstos no le creen, razón por la que les pide que se comuniquen con **Corpet.** Así lo hacen éstos, pero para sorpresa de los dos protagonistas, la respuesta no es la que esperaban sino otra muy distinta: tras arrebatarles la copia del documento que habían ido a buscar allí, les disparan con una pistola anestésica sumiéndoles en la inconsciencia. Mientras tanto **Jhonan,** testigo de su captura y alarmado por su desaparición, comunica a **Jeremías Ertei** sus sospechas de que **Corpet** pudiera ser en realidad un traidor; cuando regresa a su domicilio, su vehículo sufre un extraño accidente estrellándose contra un lago.

Cuando **Paul** despierta se descubre recluido en un recinto repleto de hombres y mujeres todos ellos, al parecer, narcotizados. De hecho, si él es el único que se encuentra consciente se debe a que la persona que al

parecer los custodia, el cual se presenta como **Zlair,** le ha inyectado los antídotos pertinentes. Para su sorpresa, éste le revela que se encuentra en grave peligro y que debe huir de allí aprovechando el próximo traslado de todos ellos a la ciudad; no le da más explicaciones, pero insiste en que, cuando aparezcan los guardianes, debe fingir que no ha recuperado sus facultades mentales, bajo riesgo que tanto él como **Zlair** sufran severas represalias. Hecho esto, desaparece.

Paul encuentra entre los durmientes a **Samantha,** y logra despertarla poniéndola al corriente de lo poco que sabe. Poco después, y tal como le había sido advertido, un grupo de guardianes entra en el recinto y procede a despertar a los durmientes, aunque todos ellos a excepción de la pareja permanecen parcialmente narcotizados y con sus sentidos embotados, lo que los convierte en unos dóciles prisioneros.**Paul** y **Samantha** fingen obedecer, siendo trasladados junto con el resto de los cautivos a unos camiones en los que son trasladados a un recinto vallado custodiado por un destacamento militar.

Samantha descubre que se encuentran en el planeta Dietar, y que los soldados visten el uniforme del ejército de **Jules,** el rey del planeta. Aprovechando la escasa vigilancia —los narcotizados prisioneros son poco más que unos zombies sin voluntad propia—, ambos se escapan amparados en la oscuridad de la noche, descubriendo que se encuentran en los arrabales de la capital del reino. Tras cambiar sus ropas por otras más discretas — **Zlair** había dado a **Paul** algún dinero—, deciden entrar en contacto con algún tripulante de un carguero que, mediante soborno, acepte sacarlos del planeta.

Así lo hacen, concertando la fuga con un par de navegantes en una taberna de baja estofa. Pero éstos, lejos de cumplir con su palabra, los denuncian a los soldados de **Jules** y éstos aparecen poco después en la taberna. Por fortuna para ellos, la tabernera les había advertido del peligro proporcionándoles refugio en el sótano camuflado del establecimiento... donde **Samantha** se lleva la sorpresa de encontrarse con su hermano **Mauricio.**

Es éste quien les pone al corriente de la situación. **Corpet,** efectivamente, es un traidor que se ha aliado con **Jules** ofreciéndole su apoyo para apoderarse del resto de los Mundos Leis. A cambio de su ayuda, pretende quedarse con el monopolio del comercio de estos planetas, lo que le habría de rendir pingües beneficios. Para ello, están construyendo unas misteriosas instalaciones en un remoto desierto —teóricamente una nueva ciudad— para lo que necesitan grandes cantidades de esclavos que, o bien compran en los planetas vecinos, o bien

consiguen gracias a los ciudadanos libres que, como el propio **Mauricio,** son engañados con la promesa de un falso contrato de trabajo. **Mauricio** había conseguido fugarse reuniéndose con los miembros de la resistencia clandestina contra el despótico régimen de **Jules,** convirtiéndose en el líder de la misma.

Las indagaciones de **Paul** y **Samantha** los habían convertido en unos testigos incómodos para **Corpet,** el cual había decidido desembarazarse de ellos enviándolos como esclavos a Dietar, donde no les esperaba otro futuro que la muerte. Por fortuna **Zleit** era uno de los hombres de **Mauricio,** razón por la que habían podido urdir su fuga.

Sin embargo, el peligro no ha pasado. Los sabuesos de **Jules** están buscando desesperadamente a los fugitivos, y el sótano en el que se encuentran dista mucho de ser seguro. Así pues, abandonan el mismo justo a tiempo, refugiándose en unas antiguas catacumbas que han habilitado como base. Es ahora cuando **Mauricio** puede concluir su narración, interrumpida por la brusca irrupción de los soldados enemigos en la taberna: ante la incredulidad de **Paul** sobre que **Jules** pueda imponerse a la veintena de planetas vecinos, éste le revela el gran secreto de Dietar, descubierto tiempo atrás por **Corpet:** el interior del planeta está repleto de materiales radiactivos en los que, mediante unas instalaciones adecuadas —precisamente las que se están construyendo de manera clandestina en el desierto— se podría provocar una reacción en cadena que sumiera en la destrucción a todo ese sector estelar. En eso consistirá la amenaza de **Jules** para conseguir hacerse emperador de todo Leis: si los demás planetas no acatan su soberanía, provocará un holocausto nuclear que acabará con todos ellos. Para ello cuenta con el apoyo de **Corpet** que, aprovechándose de su cargo en la Trans-Solar y a espaldas por supuesto de **Paul,** ha desviado hacia Dietar gran parte del dinero de las empresas **Koren,** llevándolas prácticamente a la bancarrota.

Huelga decir que **Mauricio** y sus hombres, junto con **Paul** y su hermana, están dispuestos a hacer todo lo posible por impedirlo; **Paul** confía en su influencia para conseguir convencer a la Superioridad —un difuso gobierno galáctico en la edición original—, hasta ahora neutral, para que tome cartas en el asunto desbaratando los planes de ambos cómplices. Pero para ello es necesario que huyan del planeta, algo que se presenta peliagudo dado que los astropuertos están fuertemente vigilados por los soldados de Julen.

El azar viene en su ayuda cuando se enteran de que acaba de aterrizar en Dietar el yate de **Paul,** que ha traído desde Kution a **Ertei** y a un segundo pasajero que logran identificar como a **Jhonan.** Es fácil imaginar

lo ocurrido; este último, tras sobrevivir al sabotaje de su vehículo, ha debido dirigirse a **Ertei** denunciando la traición de **Corpet.** Esta noticia hace sentirse optimista a **Paul:** si logra reunirse con su fiel administrador, entre ambos podrán desbaratar con mayor facilidad la conspiración. Pero, ¿cómo llegar hasta él?

La audacia de los aliados de **Mauricio** lo hace posible. Disfrazándose de soldados se apoderan de un blindado y, tras infiltrarse subrepticiamente en un convoy militar, logran introducirse en el recinto del astropuerto. Una vez allí, y tras burlar a la guarnición que, una vez descubierta su estratagema, pretende capturarlos, consiguen refugiarse en la nave, la cual encuentran extrañamente abandonada por su dotación.

Pero no es momento de detenerse en indagaciones acerca de su paradero; los burlados militares intentan abordar el yate, y **Paul** se ve obligado a realizar un precipitado despegue que los coloca en órbita alrededor del planeta. Está preparando el salto al hiperespacio, cuando el ruido de unos disparos en el interior del navío le obliga a interrumpir su labor. Acompañado por **Mauricio** acude rápidamente al lugar donde éstos se han producido, la sala que contiene el reactor nuclear que proporciona la fuerza de impulsión necesaria para los viajes, descubriendo con asombro que allí se encuentran **Corpet, Jules...** y **Ertei,** que también resulta formar parte de la conspiración. La súbita irrupción del grupo en la nave había sorprendido en plena reunión a los tres cabecillas, los cuales habían optado por esconderse hasta que, ya en vuelo, habían conseguido sorprender a los visitantes haciéndolos prisioneros tras haber asesinado a varios, entre ellos al inocente **Jhonan.**

Paul y **Mauricio** son asimismo apresados aunque, en palabras de sus captores, no lo estarán por mucho tiempo, dado que pretenden matarlos a todos antes de volver a Dietar. **Paul** les advierte que la Tierra no permitirá que sigan adelante con sus intrigas, pero éstos no le creen afirmando que, cuando el gobierno terrestre quiera darse cuenta de ello, ya será demasiado tarde para detenerlos.

Pero se equivocan. Antes de ser capturado **Paul** ha tenido tiempo de mandar un mensaje de socorro, y un grupo de patrulleras terrestres rodean al yate capturándolo con amarras magnéticas. Aunque la ley les impide intervenir en los asuntos internos de los Mundos Leis, el hecho de estar en peligro la vida de un súbdito terrestre —**Paul,** evidentemente— les proporciona el resquicio legal necesario para hacerlo. Sin embargo, el peligro continúa ya que los conspiradores, viendo su plan en peligro, intentan vengarse asesinando a sus prisioneros. Por fortuna, aprovechando la confusión reinante éstos inician una refriega saldada con la muerte

de **Jules** y **Corpet** y la captura de **Ertei.**

Una vez a salvo, el almirante al mando de la patrulla les revela que el gobierno de la Tierra llevaba ya algún tiempo detrás de las extrañas maniobras financieras de las empresas **Koren,** y que incluso habían investigado al propio **Paul** sospechando que pudiera estar al corriente de estas intrigas. Por fortuna la amenaza ha sido conjurada; tras la muerte de **Jules** los líderes de la resistencia han implantado un gobierno democrático en el planeta, y por supuesto el demencial plan de hacer estallar el corazón del planeta —y con él todos los sistemas vecinos— ha sido desmantelado aunque, eso sí, estas mismas instalaciones podrán ser utilizadas con fines pacíficos explotando las ingentes riquezas energéticas que atesora Dietar.

Y eso no es todo. Aunque arruinado, **Paul** podrá resarcirse de sus pérdidas gracias a la concesión comercial que, a buen seguro, le concederá el nuevo gobierno de Dietar, presidido por su futuro cuñado **Mauricio...** porque, huelga decirlo, sus días de conquistador están contados al convertirse en fiel esposo de **Samantha.**

José Carlos Canalda en http://www.ciencia-ficcion.com/

CAPÍTULO PRIMERO

Paul Koren nadó vigorosamente hasta el borde de la piscina. Se agarró al asidero de metal y de un salto salió del agua. Sus amigos le aplaudieron y lanzaron varios hurras al aire. Una chica corrió hacia él, y le entregó un vaso lleno de líquido azulado, repleto de hielo.

—Ha sido un salto impresionante, Paul —le sonrió la chica, mirándole embelesada.

Paul le golpeó las nalgas y bebió de un trago el helado contenido del vaso.

—Gracias, preciosa —dijo sonriéndola—. ¿No te llamas Nancy?

—Claro, nos presentaron esta mañana.

El hombre se acercó a la salida del aire caliente y dejó durante unos segundos que su cuerpo se secara. Sus amigos se reunieron con él. Uno, alto y moreno, de impresionante musculatura, dijo:

—Mañana será mi desquite, Paul —agarró por la cintura a una muchacha pelirroja, atrayéndola hacia sí y añadió—: Saltaré desde cincuenta metros y haré reducir el agua de la piscina.

—A lo peor te recogemos del fondo con una espátula —rió Paul—. Será mejor que lo dejes, Kraft. Ya te dije que yo sí era capaz de hacerlo. No te olvides que me debes mil créditos.

—¿Te importaría esperar hasta la semana que viene?

—Está bien. Pero las deudas me agrada cobrarlas pronto.

—Desde luego. No tengo para pagar mi estancia en este hotel.

Todos rieron divertidos. Paul Koren podía comprar aquel hotel situado en el Mediterráneo y cien más iguales, si quisiera.

—Nos veremos esta noche en la fiesta, amigos.

Paul empezó a caminar hacia el edificio. Nancy le gritó:

—¿Seguirás recordando mi nombre hasta entonces?

—Seguro. Al menos hasta mañana al amanecer.

Y Paul observó una vez más antes de penetrar en el interior del lujoso vestíbulo, la desnuda figura de Nancy. ¿Por qué no ella? Todas eran iguales..., si eran tan bonitas como Nancy, claro. Se preguntó si la chica sabría que él tenía por costumbre no volver a repetir la experiencia con la misma muchacha al menos dos veces seguidas. Esperaba que sus amigas se lo hubieran advertido.

La pelirroja compañera de Kraft, mientras el grupo se dispersaba, insinuó a Nancy:

—¿No conocías a Paul? ¿Acaso te uniste a nuestro grupo sólo por él?

Ella se encogió de hombros.

—No intentes advertirme nada —dijo secamente—. Lo sé todo referente a él.

—Si es así... A veces vienen tontas o ilusas que esperan obtener más de Paul después de dedicarle una noche. Todo lo más, la consabida joya que su secretario particular se encargará de hacerte llegar a tu habitación. Eso es todo.

Nancy se despojó de su sucinto bañador y se echó sobre los hombros una capa. Miró desdeñosamente a la pelirroja.

—Lo sabes muy bien, linda. ¿Por experiencia?

La mujer enrojeció hasta el extremo de hacer palidecer su ígnea cabellera.

—Allá tú. Si es lo que quieres... Procura no perder de vista a Paul esta noche. Puede ser que haya otra más lista que tú y tengas que esperar hasta mañana. O hasta nunca.

Nancy metió sus pies en las zapatillas y se alejó contoneándose al interior del hotel.

La pareja la vio alejarse y Kraft preguntó:

—¿Quién es? Nunca la vi antes de hoy.

La pelirroja hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé. Se introdujo en nuestro grupo de forma furtiva. Creo que entabló conversación con Lemmy y éste la presentó a Paul. Hace poco pregunté al recepcionista y me informó que llegó ayer por la noche, a última hora.

—Pues parece que tiene prisa —sonrió Kraft.

—Puede ser que esta noche no tenga tanta suerte como ella confía.

—A Paul no parece disgustarle.

—Habrá otra más persuasiva que ella.

—¿Tú? —preguntó divertido Kraft.

La mujer quiso taladrarle con la mirada.

—Déjate de tonterías. Ya sabes que, realmente, Paul no me es simpático.

—Vamos, nena. Déjate de adoptar posturas nobles. Ya intentaste lo que está haciendo esa Nancy. Y fracasaste. Eso fue algo que nunca perdonaste a Paul —sonrió—, Pero no te preocupes, eres muy hermosa y me gustas. No tengo tanto dinero como ese imbécil, pero también tengo mucha aceptación entre vosotras.

—¡Eres un...!

Kraft bajó con sus manos las de la chica. Sonrió persuasivamente, la tomó por los hombros y la empujó materialmente al interior del hotel.

—Dejemos eso. Debemos cambiamos para la fiesta. Promete ser sonada. ¿Viste alguna vez actuar a los malabaristas de Larruan?

—No. ¿Qué es eso?

—Unas chicas nativas de Lerruan estupendas. Pese a ser humanoides son bellísimas. Y los varones... —soltó una risotada y añadió—: Los llamados hombres te divertirán enormemente.

—Explícate.

—No. Yo lo sé y comprendo que la sorpresa es decisiva. Y los verás. Sólo te diré que...

Se alejaron y él fue susurrando al oído de la muchacha algo que hizo que ella, antes de entrar en el vestíbulo, soltara unas escandalosas risas que hizo volver muchas miradas sorprendidas.

* * * *

Nancy observaba un poco apartada, la singular actuación del grupo de Larruan. Estaban terminando y ya arrancaban estruendosos aplausos de los invitados a la fiesta. Aquello parecía constituir el epílogo. Algunas parejas ya se habían marchado y ella aún no había logrado encontrar a Koren.

Una vez vio a la pelirroja, iba acompañada por Kraft. Ninguno de los dos pareció descubrirla. Nancy creyó percibir en ambos una actuación un poco desacostumbrada. Dedujo que debían tener ya ingerida una buena dosis de eufrodon, aquella nueva droga que afirmaban no producía hábito alguno.

La fiesta había sido larga y bulliciosa, celebrada en el salón más lujoso y grande del hotel, alquilado sin duda por el poderoso Koren para diversión de sus amigos. La pista ingrávida de baile había sido un éxito y Nancy vio

en ella manifestaciones en muchas parejas que nada tenían que ver con la danza.

Por su lado pasó una camarera con una bandeja llena y tomó una copa. Se humedeció con ella los labios, sonrió y luego, disimuladamente, derramó el contenido dentro de un plato con restos de comida.

Los larruanitas se retiraban y los agentes despedían a los miembros varones con pesadas bromas, mientras que algunas de las hembras recibían insinuantes frases de los más bebidos.

—¿Te aburres?

La pregunta sonó a la espalda de Nancy. Pero ella antes de volverse ya sabía que era Paul Koren quien se la había formulado.

—Hola. ¿Dónde has estado?

—¿Preocupada por mí, preciosa?

—Solamente intrigada. Parecía absurdo que el anfitrión no estuviera presente en su divertida y costosa fiesta.

Paul hizo un gesto de visible contrariedad.

—Jeremías Ertei, como siempre, tuvo la mala idea de presentarse apenas comenzó.

—¿Quién es Jeremías Ertei?

—Uno de mis administradores. Creo que es el más importante. Vino para que le firmase unos documentos —sonrió Paul—. Le dije que debía dejarlo para otro día, que una hermosa chica me esperaba.

Nancy tomó otra copa y vaciló un poco. Rió y bebió un buen trago. Miró a Paul como si le pidiera disculpas por su estado.

—Te ayudaré a buscar a esa chica.

—¿Bromeas? —preguntó Paul arqueando una ceja—. ¿Eres tan modesta que no comprendes que me refiero a ti, o estás demasiado bebida?

Ella empezó a buscar otra copa, pero no la encontró. Fue a llamar a una camarera y Paul la contuvo.

—Déjalo.

—¿Por qué?

—No me gustan cuando están borrachas.

—Yo no estoy borracha —protestó Nancy.

—Claro que no. Estás en el estado justo para ser divertida.

—¿Divertida? ¿Para qué?

Paul le acarició la barbilla y dijo antes de alejarse; un grupo de amigos le llamaba a gritos:

—Sé buena chica y espérame. Vuelvo en seguida.

Nancy le vio alejarse y charlar con varios hombres y mujeres. Apenas quedaban varios invitados en el salón. Paul regresó pronto, la tomó por los

hombros y la condujo suavemente hacia el ascensor privado que subía hasta su apartamento.

—Ya he ordenado que nos preparen un refrigerio. Y champaña.

—Me encanta el champaña —afirmó Nancy—. Lo he echado de menos aquí. Me dijeron que eras generoso, Paul. ¿Por qué no ha habido champaña?

—Está escaso. No es cuestión de dinero, sino de influencias. Pero arriba tengo un par de botellas en un cubo con hielo.

Entraron en el ascensor y Paul besó a la muchacha apenas se cerró la puerta. Nancy no opuso resistencia, pero tampoco colaboró. El hombre se apartó con visible disgusto pintado en su rostro.

—Me equivoqué. Has bebido demasiado. Tendré que enviarte a tu cuarto o darte algo para que se te pase un poco el efecto de tantos combinados.

Nancy sonrió.

—Se me pasará en seguida. Sólo necesito un baño. ¿Puedo hacerlo en tu apartamento?

—Claro que sí —afirmó Paul, empezando a ponerse molesto—. Incluso te ayudaré a enjabonarte la espalda.

Ella rió lo que consideró una broma y Paul abrió la puerta del ascensor cuando llegaron al piso que ocupaba totalmente su suite. Pensaba firmemente que había tenido mala suerte decidiéndose por Nancy. Pero la culpa era un poco suya, si no la hubiera dejado tanto tiempo bebiendo sola... Pero entonces debía inculpar también a Jeremías, que con su Inoportuna aparición le entretuvo demasiado tiempo haciéndole firmar papelotes y obligándole a decir que sí a todas sus propuestas comerciales. Pero ya se ocuparla él de hacer volver a la chica a su estado normal, u otro mejor, si la ducha no causaba el efecto que esperaba.

Apenas irrumpieron en el vestíbulo, cuando las luces se encendieron. Estaban distribuidas cuidadosamente de forma que proporcionasen un cálido y sensual ambiente. Al mismo tiempo, se escuchó una música delicada e incitante. Pero Nancy parecía no ser afectada por todo aquello y anduvo a trompicones, hasta detenerse ante una puerta. Se volvió e interrogó a Paul con la mirada. El hombre asintió en silencio, pacientemente.

Cuando Nancy se hubo introducido en el cuarto de baño, Paul se dirigió hacia el surtido bar y se proporcionó una copa de whisky. Mientras bebía, miró las botellas de champaña puestas en el hielo, en un antiguo, pero encantador cubo lleno de hielo seco. Con el vaso en la mano, se dejó caer en un sillón y decidió esperar pacientemente a que Nancy regresase. Cerró

los ojos y pronto se sintió irritado consigo mismo al volver a caer en los pensamientos que últimamente le atormentaban y que tanto le desagradaban.

¿Por qué tenía que preguntarse, cuando estaba solo, qué era lo que él esperaba de la vida? Lo tenía todo: Juventud, inusitado atractivo con las mujeres —no se detenía a pensar que muchas acudían a él por su dinero—, una fortuna inmensa y una salud, prodigiosa. Cada día ganaba dinero que no podía materialmente gastar dedicándose a arrojarlo por la ventana. Su padre al morir le había dejado negocios fabulosos en muchos planetas de la Galaxia, a cual mejores y con mayores beneficios. Y por si fuera poco, sus tíos no tenían hijos y le fueron adjudicando sus empresas.

Paul no sabía a cuántos billones de créditos ascendía su fortuna, ni cuáles eran sus propiedades, participaciones mayoritarias en empresas y sumas que se incrementaban solas en cien Bancos galácticos. Una legión de administradores se ocupaban de la tarea de tenerle al día sus finanzas, recoger las ganancias, ingresárselas en sus cuentas corrientes y pagar sus impuestos. Y el principal de ellos era Jeremías Ertei, quien ya lo era en vida de su padre.

Era un buen tipo aquel Jeremías, aunque un poco metódico en sus cosas, muy puntilloso. Una vez quiso Paul darle plenos poderes para que hiciera y deshiciera a su antojo, pero el administrador no quiso aceptar. Así, Paul no pudo librarse de verlo a menudo, que era lo que verdaderamente quería.

El whisky de su vaso se acabó y volvió a llenarlo cuando Nancy surgió del baño. Parecía más aliviada, pero no totalmente. Aunque estaba mucho mejor. Se cubría con una de sus batas. Los cabellos de Nancy estaban peinados cuidadosamente, recogidos en la nuca por una joya resplandeciente.

Estaba muy atractiva, reconoció Paul, alegrándose de haber tenido un poco de paciencia. Cualquiera puede beber una copa de más, sobre todo si está aburrida. Al menos le había sido fiel. ¿Qué esperaba ella de él?

Sin poderlo remediar, Paul se asombró al encontrarse preguntándoselo a ella cuando la tenía cerca, percibiendo el fragante olor de su cuerpo.

—Sólo conocerte. ¿Es suficiente? —inquirió Nancy, quitándole el vaso y sorbiendo un poco. En seguida puso el gesto agrio.

—¿Aún tienes sed?

—Eso creía. No beberé en toda la noche.

—Mejor será así. ¿Quieres algún refresco? Si aún no estás bien tengo aquí unas tabletas reconstituyentes y...

—Estoy bien.

Nancy se sentó junto a la ventana. Se recogió la bata y aspiró el aire de la habitación. Entonces pareció dar muestras de escuchar la música.

—Esto está muy bien —dijo—. Muy acogedor.

—¿Vives en el hotel?

—No. Tengo un bungalow a unos veinte kilómetros de aquí.

—¿De dónde eres?

—No nací en la Tierra.

—Esa es una respuesta a medias...

—En Kution.

—Creo que eso está en los reinos de Leis, ¿no?

—Somos vecinos de esos condenados monarcas. Pero nos dejan tranquilos. ¿Conoces Leis?

Paul sonrió.

—Nunca se me ocurriría visitarlos.

—Haces bien. Aún existe la esclavitud allí.

—Pero en Kution no todos son humanos...

Nancy mostró una sonrisa insinuante.

—Yo sí lo soy. Te lo juro.

—No es necesario. Lo sé. Y lo comprobaré.

El hombre se sentó junto a ella y la besó.

—Esto está mejor. Antes, en el ascensor, me desilusionaste.

—Lo siento. Estoy dispuesta a reparar el daño.

Paul sintió hervirle la sangre como hacía tiempo que no le sucedía. Con suma lentitud fue bajando la bata que cubría a la muchacha. Sus manos se deslizaron por los hombros de ella.

—Eres un cúmulo de sorpresas, preciosa —dijo.

Entonces, al caer totalmente la bata, la sonrisa de Paul se trocó súbitamente por un gesto de sorpresa e incredulidad. Nancy tenía un ancho cinturón alrededor de su cintura. Con un gesto rápido había extraído de él una pistola pequeña, pero capaz de volatizar un ser humano. El gesto complaciente de la muchacha desapareció y en su lugar surgió una mirada de ira. Dijo:

—Esta será la última sorpresa de la noche, Paul Koren.

Y su delicada y mortífera mano amartilló firmemente la pistola, apuntando al hombre que pareció salir de su parálisis y levantarse del sillón, apartándose de la diminuta, pero amenazadora boca del arma.

CAPÍTULO II

—¿Qué significa esto?

Nancy no respondió. Se levantó también, y sin dejar de encañonar a Paul se arregló la bata. Un súbito pudor pareció haber acudido a ella.

—¿Se trata de una broma o aún estás bajo los efectos del alcohol? —volvió a preguntar el hombre.

—Cero. No has acertado —replicó Nancy sin abandonar su rictus duro.

Paul estalló en carcajadas. Sonaron, pese a su esfuerzo, a falsas.

—¿Entonces pretendes matarme?

—No lo pretendo; lo haré.

—¿Se trata de una apuesta? Si es así afirmaré públicamente que has conseguido asustarme... Ahora ven conmigo y deja ese juguete...

Paul comenzó a avanzar hacia Nancy cuando ésta disparó. El hombre sintió un huracán de fuego pasar por su lado. Se volvió y una butaca terminaba de convertirse en cenizas. No hubo ruido alguno, sino un ligero olor a quemado que los aspiradores se encargaron rápidamente de anular.

—Esto es un aviso.

Paul empezó a ponerse pálido. Su ligero temor inicial de que aquello fuera verdad se habla confirmado. Nancy no le hacia victima de una pesada broma. Iba en serio. Quería matarle. ¿Pero por qué?

Sus ojos debieron indicar con claridad aquella interrogante, pues Nancy, como si lo hubiera comprendido, dijo:

—Deseaba hacer esto desde varios meses atrás, Paul Koren. Pero buscaba la oportunidad, la forma de matarte sin que me descubriesen.

—Es una tontería. Aunque me hagas desaparecer me echarán de menos

y la policía cuenta con medios suficientes para descubrir quién ha sido mi asesino.

—¿De verdad lo crees? ¿Qué sabes tú de mí?

Paul se mordió los labios. De Nancy nada más conocía que era bonita, además de su nombre.

—Aunque te escondas en Kution o los reinos de Leis te atraparán. Existe la extradición y... —dijo.

—No pienso volver a Kution. Mi personalidad es otra muy distinta. Yo he entrado en la Tierra bajo el nombre de Nancy, pero no es el mió verdadero. Me costó mucho dinero conseguir una identidad falsa, pero bien merece la pena.

—¿Es un halago? ¿Tanto trabajo por matarme?

—Por librar a una rata inmunda del Universo, querrás decir.

El hombre resopló. El color estaba volviendo a sus mejillas. Después de unos instantes de tensión empezaba a considerar que todo aquello no tenía lógica. Si se encontraba ante una perturbada mental debía actuar serenamente.

—Vamos, pequeña. Miremos la cosa fríamente y como personas civilizadas.

—Tú no eres una persona civilizada.

—¿No? Pues dime entonces quién soy.

—Un ser despreciable. Me hubiera gustado tener pruebas para hacer que te encerraran por vida en una esfera de vidrio después de que te arrebataran todo cuanto has robado a miles de desgraciados, engañando, torturando y asesinando.

—Estás loca. Los envidiosos me han llamado muchas cosas, pero nada de lo que tú me has dicho. ¿Qué pretendes con toda esta comedia? ¿Dinero? Está bien Puedo darte bastante. De todas formas mañana hubieras recibido un regalo tal vez mejor. Yo soy generoso ¿No lo sabías?

—Conocía tus costumbres —replicó Nancy, moviendo la cabeza y haciendo agitar su larga cabellera rubia—. Estaba segura que al verme sentirías deseos de hacerme tu compañera por una noche.

—Eres modesta, chica. Muy segura estabas de tus encantos.

—Necesitaba estar a solas contigo para poderte matar tranquilamente.

Paul, ya recobrado totalmente, empezaba a sacar su ironía, por la que era muy conocido.

—Te juro que te hubiera agradecido que no hubieses decidido matarme hasta bien avanzada la noche.

—No intentes convencerme. Sé que aún confías en salir de ésta, ¿no?

—No puedo engañarte. Si estuviera convencido de morir en tus manos

estaría ya cadáver del susto.

—Quiero que lo estés antes que dispare contra ti. Me llamo Samantha Kenton.

—Tanto gusto. Pero dadas las circunstancias, me hubiera gustado conocerte.

Esta vez la asombrada era la muchacha.

—¿Qué pretendes al negar conocerme? El nombre de Mauricio Kenton debería atormentarte todas las noches.

—¿Es tu hermano o tu esposo?

Los ojos de Samantha relampaguearon y sus dedos en torno a la culata de la pistola se pusieron blancos al apretarla.

—Sólo un tipo como tú sería capaz de intentar burlarse de mí.

Paul sacudió sus brazos y gritó:

—¡Basta ya, por los soles del Universo! Mátame si quieres, pero dime de una vez los motivos que tengas. Al menos tengo derecho a irme de este cochino mundo sabiendo si mi asesina está loca o equivocada.

El hombre se había movido delante de Samantha mientras hablaba. Por el rabillo del ojo veía que la muchacha estaba decidida a no prolongar aquella situación. Su dedo se curvaba sobre el disparador, cuando Paul ya estaba delante de la mesa que controlaba las luces, música y perfumes del apartamento. La pierna rozó los mandos y un calidoscopio lumínico estalló en la estancia.

Samantha únicamente dejó de mirar a Paul un par de segundos, sorprendida por el estallido de luces, pero fue suficiente para que el hombre, saltando sobre ella, la hiciera caer rodando por el alfombrado suelo. Paul no se anduvo con contemplaciones y propinó un golpe en la mandíbula de la muchacha. La pistola sé deslizó por la mullida alfombra, yendo a detenerse debajo de una mesa.

La chica gritó, golpeó a Paul en el cuello con su mano abierta y se levantó para recuperar la pistola. Pero una mano la agarró por el tobillo y la hizo caer. Entonces ella sintió un peso sobre su cuerpo, un doloroso golpe en la nuca y el suave color verde de la alfombra se tornó negro.

* * * *

Samantha abrió los ojos. Todavía le dolía el cuello. Notó que estaba sentada y en seguida vio a Paul frente a ella tomando indolentemente la pistola con su mano derecha.

—Hola, hermosa —le sonrió Paul—. Te has recuperado pronto. Debo reconocer que eres una chica fuerte. Y muy peligrosa.

Entonces ella observó que la mano izquierda del hombre sostenía un micrófono. Junto a él había una mesita con un comunicador visual. La pantalla estaba apagada.

—¿Has llamado a la policía? —preguntó ella desalentada.

—Iba a hacerlo.

Samantha se mordió los labios y se tragó amargamente el sabor de la derrota.

—Claro que... —empezó a decir Paul.

—¿Por qué no la llamas de una vez y terminamos pronto?

—Lo haré si no me gustan tus respuestas.

—No entiendo...

—Es muy sencillo. Quiero hacerte unas preguntas. Comprenderás que me intriga todo esto. Pese a las apariencias, tu comportamiento no corresponde al de una demente. Has actuado con inteligencia. Con diabólica inteligencia. Te introduciste en mi escogido grupo de amigos y estuviste toda la mañana esforzándote en que yo admirase tus encantos. En una palabra, me seduciste. ¿Con qué fin? ¡Sólo sé que para subir hasta mi suite. Nada de amor, desde luego. Tus ojos eran sinceros cuando me miraban con odio. Yo me pregunto, ¿por qué ese odio? Nunca nos hemos visto antes de ahora. Esto no tiene lógica y quiero que tú me lo expliques. Empieza.

—Llama de una vez a la policía. Estar frente a ti me da náuseas.

—No seas terca. Si no hago venir a los polizontes es porque me interesa tu caso. Me has llamado salvaje, asesino, explotador, y mil cosas más. Si no te entrego a la policía bajo acusación de asesinato, te demuestro que no soy tan malo como piensas, ¿no?

Ella parpadeó repetidas veces. Parecía dudar. Luego movió con vigor la cabeza y replicó:

—Pretendes divertirte a mi costa, redondear tu acción canallesca.

—Eres imposible —gruñó Paul, empezando a marcar una combinación en el comunicador—. He querido ayudarte.

Samantha se encogió de hombros.

—Es igual. Hubieras llamado a la policía después de haberte refrescado yo la memoria.

Paul colocó el micrófono en su soporte.

—Está bien. Te juro que sí me lo cuentas todo, la verdad, no llamaré a la policía. Es más, te dejaré marchar tranquilamente.

—No lo dices en serio.

Paul se movió impaciente. Entornó los ojos. Al abrirlos, una decisión parecía haber acudido a él.

La muchacha se encontró con la pistola sobre sus piernas después de habérsela arrojado Paul.

—¿Te convence esto? Otra vez estamos como antes.

—¿Por..., por qué lo haces?

—Para convencerte que no soy quien dices. Aquí debe haber un error. ¿Nos tranquilizamos, bebemos algo y charlamos...? Porque ahora que caigo, creo que tú nunca estuviste borracha. Fuiste al cuarto de baño para montar la pistola que llevabas desarmada en tu traje. ¿No es cierto?

Desconcertada, Samantha asintió en silencio.

—Buena chica —dijo Paul. Fue donde estaban los licores y llenó dos copas de champaña. Regresó y entregó una a la muchacha, diciendo—: Aún está frío y delicioso. Espero que sea verdad que te gusta el champaña.

Mecánicamente, Samantha tomó la copa y la sostuvo entre sus manos sin acordarse de beber. Vio cómo Paul tomaba asiento frente a ella y encendía un cigarrillo.

—Te escucho, preciosa. Sigues pareciéndome preciosa, ¿sabes? La noche aún es joven y no puede estar perdida para nosotros.

Ella se enderezó y agarró la pistola, aunque sin llegar a apuntar a Paul, quien se apresuró a decir:

—Está bien. Olvídalo. Puedes empezar.

* * * *

—Soy ingeniero de planificación urbana. Nací, eso es verdad, en Kution.

—Una bonita profesión, aunque no muy acorde con una belleza como tú —sonrió Paul mientras fumaba.

—Olvida tus ironías.

—Lo siento. Puedes continuar.

—Mi hermano Mauricio Kenton es dos años mayor que yo. También era ingeniero de planificación y...

—¿Has dicho era? ¿Murió?

—Deberlas saberlo mejor que yo. ¿Qué otra cosa puede haberle pasado a una persona que desde hace un año no da señales de vida?

—¿Pero qué tengo yo que ver con eso?

—Mauricio fue contratado por la Trans-Solar, que lo envió a ese condenado grupo de planetas de Leis. El se resistió, me lo confesó a mí, pero sus jefes le amenazaron con que impedirían que otra compañía lo contratase si se negaba. Así que no tuvo otra alternativa que hacer las maletas y marcharse. Después de esto no volví a saber nada de él.

—En la Trans-Solar pueden darte noticias suyas, ¿no crees?

—Ahora viene lo absurdo. Los ejecutivos juran que mi hermano nunca trabajó para ellos. Mienten.

—¿Y las autoridades?

—Recurrí a ellas ante la postura de los de la Trans-Solar. Indagaron y terminaron creyendo que yo estaba loca, supongo. La policía me aseguró que Mauricio no llegó a salir de Kution para incorporarse a su trabajo en los reinos de Leis.

—¿Te llegó a contar tu hermano cuál era su trabajo?

—Sí. Existe un reino en Leis, llamado Dietar, en donde gobierna un tipo muy emprendedor al parecer. Quería levantar nuevas ciudades y recurrió a la Trans-Solar para que confeccionase los planos. Yo también estuve a punto de firmar por la Trans-Solar, pero por entonces tenía contrato en vigor con una compañía local y tuve que esperar. Tuve suerte.

El rostro de Paul se transfiguró repentinamente.

—¿Pero qué tengo yo que ver contigo, con tu hermano, con los reinos de Leis y, todo este embrollo? —inquirió ceñudo.

—¿Cómo sales con ésta? Tú eres el propietario de la Trans-Solar.

—¿De verdad?

—¿Te burlas?

—Desde luego que no. Ignoraba que esa compañía fuera mía. Lo ignoraba todo de ella. Te lo juro.

—¿Es posible? —preguntó Samantha, incrédula.

—¿Por qué no? Tengo demasiados negocios. A veces se compran nuevas empresas. Al día siguiente de firmar los documentos me olvido de ellas totalmente.

Samantha cerró los ojos y movió la cabeza desalentada. Dejó escapar la pistola de entre sus dedos.

—¿Por eso querías matarme?

—Sí.

—Pero si yo soy inocente, preciosa.

—Ahora estoy segura que si. Pero antes estaba furiosa. He investigado y creo conocer un poco el sucio trabajo que realiza la Trans-Solar. Supe de la vida llena de lujo y derroche que llevas y sentí deseos de acabar contigo. No podía consentir que gastaras el dinero obtenido a cambio de sacrificios de miles de seres, de explotarlos.

—Celebro que hayas modificado tu opinión respecto a mí.

—No tengo más remedio. Ahora pienso que sólo eres un irresponsable.

Paul tosió, pero decidió no contestar defendiéndose.

—¿Dices que una de mis empresas hace todo eso en mi nombre? No

puedo creerlo...

—Puedo probártelo.

—Lo harás..., si puedes. Vamos.

Ella miró sorprendida al hombre.

—¿Qué piensas hacer?

—Aclarar este lío. Vete al cuarto de baño y vístete. Mientras, llamaré al puerto espacial para que nos preparen mi nave particular. Iremos a Marte.

—¿Para qué?

—Hace dos horas partió para allí Jeremías Ertei. En Mars Grand City tengo la centralización de mis múltiples empresas. Jeremías nos aclarará todo esto.

Cuando Samantha salió ya vestida, Paul acababa de ordenar que su navío estuviera dispuesto para dentro de media hora, que era el tiempo que iban a necesitar para ir al puerto espacial.

Paul tomó la pequeña pistola de la muchacha con la punta de los dedos y se la entregó.

—Te olvidas de esto. Una chica decidida como tú no debe ir por ahí sin ella —dijo él sonriente.

Samantha la guardó en su bolso mientras su mirada rebosaba agradecimiento.

—Fuiste valiente al entregármela. ¿Tan seguro estabas que no iba a disparar contra ti?

—Leí en tus bellos ojos que no ibas a disparar.

Rieron y entraron en el ascensor. Mientras descendían, Paul ocultó una sonrisa y palpó dentro del bolsillo de su chaqueta la diminuta carga que había quitado de la pistola poco antes que Samantha recobrase el sentido. Por entonces creía que la chica estaba rematadamente loca y él no pretendía emularla dándole un arma capaz de convertirle en cenizas.

CAPÍTULO III

Jeremías Ertei presidía el Consejo. Acomodado en su sillón, escuchaba el informe semanal del grupo minero de Antares. Su mente prodigiosa asimilaba cifras y datos. Hasta el momento todo era de su satisfacción. Pero interrumpió al delegado, diciendo:

—Señor, O-Maion, creo que ha sufrido un pequeño error. La producción de etenita, según mis últimos datos, no alcanzó la cifra que menciona. Además, los embarques no se han producido al ritmo preciso. Creo que aquella sucursal no responde a nuestras demandas como quisiéramos.

El delegado se sonrojó y agitó sus dobles brazos, con múltiples articulaciones. Releyó los papeles que tenía delante y dijo:

—Es cierto, señor Ertei. Las cifras eran menores. Exactamente, ocho billones de toneladas. En cuanto al retraso en los embarques, me disponía a manifestar que la compañía subsidiaria de transportes se queja de que dispone de pocas naves para los fletes.

—Entonces hará bien en vendernos su parte de acciones. Ya en cierta ocasión se le propuso que nos concediera la mayoría. De todas formas les obligaremos a ampliar el capital. Como no podrán hacerlo, tendrán que vendernos una buena parte. Así arreglaremos de una condenada vez el problema de Antares.

—¿Piensa modernizar la flota, señor Ertei? —preguntó un consejero.

—Y ampliarla hasta hacerla totalmente rentable.

—¿Qué opina de ese desembolso el señor Koren? —insinuó con mordaz acento otro consejero.

Varios hombres sonrieron levemente. Jeremías no se inmutó y replicó secamente:

—El señor Koren ha sido precisamente, durante la entrevista que celebré hace diez días con él en la Tierra, quien me sugirió esta posibilidad. Si todos ustedes están de acuerdo. .

Jeremías los miró. En sus miradas podía leer que ninguno creía tanta actividad por parte de Paul Koren en los negocios, pero ninguno se atrevió a llamar mentiroso a Jeremías. Sabía cuánto pesaba en las decisiones del magnate.

—Entonces —dijo Jeremías después de recibir la absoluta aprobación— podemos pasar al siguiente asunto. Creo que el resto es puro formulismo, pero será conveniente seguir la norma y...

Una secretaria penetró en el salón y se acercó a Jeremías, susurrándole unas palabras al oído. Todos vieron cómo el hombre ponía gesto de asombro, se puso en pie y dirigiéndose a los presentes dijo:

—Deben disculparme, señores. Alguien muy importante requiere mi presencia. Les ruego que terminen la sesión sin mí. Estaré a su disposición si desean algo luego.

Jeremías salió y materialmente corrió por el corredor hasta entrar en una habitación pequeña, amueblada según la moda de tres siglos atrás, con pesados y oscuros muebles de madera. En los sillones de auténtico cuero le aguardaban dos personas. Una de ellas se levantó yendo a su encuentro y Jeremías exclamó:

—Señor Koren... No esperaba verle en Marte.

—Hola, Jeremías. Te presento a la señorita Samantha Kenton.

Jeremías saludó a la muchacha con una inclinación de cabeza y retornó su atención a Paul, preguntándole:

—¿Sucede algo?

—Me temo que sí, mi buen amigo. ¿Puedes dedicarnos unos instantes?

—Por supuesto. La sesión ya estaba concluida en realidad.

—Estupendo.

—¿Por qué ha venido a Marte? Si ocurría algo podía haberme llamado por visófono, señor Koren...

—El asunto es demasiado importante, Jeremías. Dígame todo cuanto sepa de la Trans-Solar.

—¿La Trans-Solar? —replicó Jeremías, abriendo mucho los ojos—. ¿Qué pasa con ella, señor? ¿Tiene algún interés particular en ella?

—¡Maldita sea, Jeremías! —masculló Paul—. Hace diez días fue la primera vez que oí hablar de ella. ¿No es de mi propiedad?

—Cierto. Pero...

—Hay algo raro en ella. Explíqueme sucintamente qué es y cuáles son sus actividades.

Jeremías anduvo hasta detrás de su antigua mesa de despacho y se sentó en el sillón de madera labrada y forrado en cuero negro.

—Pues... —empezó a decir—. Fue adquirida por su difunto tío. Usted la heredó en malas condiciones. Perdía dinero. Sólo quedaba la alternativa de reimpulsarla o venderla. Se hizo un estudio y llegamos a la conclusión que tenía buen porvenir convenientemente dirigida. Se amplió el capital y se promocionó publicitariamente. Pronto empezamos a trabajar con beneficios. Tenemos nuestros principales clientes entre los reyes de Leis. Son molestos, pero allí abunda el dinero y lo encargos son caprichosos, costosos y delicados. Aunque antes tenía la Trans-Solar su sede en Póllux, decidimos transferirla hace diez años a Kution debido a si proximidad con los planetas de Leis.

—¿Es que solamente en Leis tenemos clientes? —preguntó, sacando un cigarro. Jeremías se apresuró a levantarse para ofrecerle fuego.

—Seguramente hubiéramos trabajado en diversos sitios de la Galaxia, planificando ciudades y construyendo carreteras y demás obras públicas, pero existió tanta demanda en Leis que no comprendimos la necesidad de buscar mercados. Todo se debe a Corpet.

—¿Quién es Corpet?

Jeremías trató de sonreír.

—Fue el hombre que buscamos para salvar a la Trans-Solar de la quiebra. Usted mismo firmó su nombramiento, ¿no lo recuerda?

Paul no recordaba nada en absoluto, pero delante de Samantha sólo se atrevió a asentir con la cabeza. Empezaba a molestarle tener que reconocer tanta ignorancia respecto a sus asuntos financieros.

—Siga, Jeremías —dijo mientras tosía.

—Fue una magnífica adquisición la de Corpet para nuestras empresas, señor. En menos de un año hizo que la Trans-Solar diera beneficios. Ya apenas tuvimos que invertir en nuestros equipos unos cien millones de créditos, que se recuperaron dos años después. Ya sabe usted cómo son los reyes de Leis, creen vivir en los tiempos medievales, aunque ahora sus condados son continentes y planetas enteros y sus caballeros, navegantes en naves cósmicas. A veces luchan entre sí por cualquier tontería y molestan a las demás federaciones galácticas, pero se limitan bastante a sus mundos y la Liga Galáctica ha optado por dejarlos como un mal menor. Es cierto que en sus mundos existe cierta forma de esclavitud, pero las leyes nos impiden inmiscuirnos en sus asuntos internos. Pero le aseguro que cuando proyectamos alguna obra en sus mundos, siempre llevamos nuestros

trabajadores, que viven aislados del resto de la población nativa. Nunca hemos tenido incidentes.

—Pues ha debido ocurrir algo anormal —afirmó Paul.

—No entiendo...

—El hermano de Samantha, Mauricio Kenton, súbdito de Kution, fue contratado por la Trans-Solar y enviado a un mundo de Leis, a Dietar creo. Samantha no ha vuelto a saber nada de él. Y en las oficinas de la Trans-Solar, en Kution, alegan que Mauricio nunca fue contratado. ¿No es esto algo anormal?

Jeremías se llevó el índice derecho hasta los labios y pareció acariciárselos durante un instante. Miró a Samantha y preguntó:

—Eso no es posible. ¿Tenía su hermano contrato de trabajo con la Trans-Solar, señorita Kenton?

—Desde luego —replicó con rapidez Samantha.

—¿Puedo verlo?

Ella dio muestras de aturdimiento.

—Mauricio me lo enseñó, pero debió llevárselo consigo.

—¿Entonces no puede probar que el señor Kenton firmó con nuestra empresa?

—Yo vi el contrato y él recibió un pasaje de la Trans-Solar. Aún conservo el resguardo del envío. El remite viene de la oficina principal de la compañía. Vea.

La muchacha tendió a Ertei un rectángulo de plástico, que era el resguardo de una entrega personal. Después de examinarlo, el ejecutivo lo devolvió a la muchacha, diciendo:

—Lo siento, pero no lleva el membrete de nuestras oficinas en Kution. No prueba nada. Comprenderá, señorita, que necesito algo más que sus afirmaciones para comenzar una investigación.

—Pero el remite...

—Está codificado en simple máquina expedidora. Todas nuestras entregas personales llevan un sello especial.

Paul arrojó el resto de su cigarro y miró a Jeremías.

—¿Qué explicación se le puede dar a este asunto?

Jeremías se encogió de hombros.

—No lo sé, señor. Es imposible que yo le pueda dar una respuesta.

—¿Qué podemos hacer? Deseo ayudar a la señorita Kenton.

—En ese caso enviaré un mensaje a Kution y ordenaré que se abra una investigación a fondo. Aunque pienso que...

Al detenerse Jeremías, Paul, impaciente, le conminó:

—¡Diga lo que sea!

—Es que no desearía qué la señorita Kenton interpretase mal mis palabras —se defendió el ejecutivo.

—Hable, por favor —pidió Samantha.

—Es indudable que usted recurrió a la Trans-Solar en demanda de noticias sobre su hermano, señorita. E incluso a la policía cuando allí no pudieron decirle nada. Entonces su mente se nubló y ha debido pensar que nuestra empresa oculta algo, ¿no es cierto?

La muchacha asintió.

—Ha pensado mal de nosotros, un complot —siguió Jeremías—. ¿Por qué no dirige sus sospechas hacia el otro lado?

—No le entiendo —dijo Samantha.

—Quiero decir que tal vez su hermano quisiera ocultarle a usted unas actividades que deseaba no supiera. Sencillamente, que mintió cuando le dijo que había sido contratado por la Trans-Solar. Puede ser que quisiera Ocultar una clase de negocios... no muy limpios.

Paul miró alarmado a la chica. Leyó en sus ojos vivos deseos de abofetear a Jeremías. Suspiró aliviado cuando la vio calmarse y silabear:

—Mauricio no tenía secretos para mí. Siempre fue un muchacho decente.

Jeremías se alzó de hombros. Resopló y dijo:

—Lo siento. No quise molestarla, de veras. De todas formas ordenaré a la oficina de la Trans-Solar en Kution que me aclare si alguna vez su hermano solicitó trabajo. Espero tener aquí la respuesta dentro de una semana. ¿Dónde puedo avisarla para entonces?

Samantha miró en busca de ayuda a Paul, quien se apresuró a contestar:

—Hemos llegado apenas hace una hora, Jeremías. La señorita Samantha es mi huésped, pero aún no sabe si se quedará en Marte o cuál será su residencia temporal aquí.

—Puedo encargarme de buscarle una habitación en el mejor hotel de la ciudad...

Ante la sorpresa de Jeremías y Samantha, Paul dijo mientras se incorporaba:

—No pernoctaremos aquí nada más que esta noche y podemos hacerlo en mi nave. Cuando tengan los informes de la Trans-Solar puede ordenar que los envíen a mi residencia en Kution. Estaré allí dentro de veinte días. Saldremos mañana a primera hora.

—¿Es que piensa ir a Kution, señor? —preguntó Jeremías, lleno de sorpresa.

Paul sonrió.

—Sí. ¿Por qué no? Hace unos días ignoraba que fuera dueño de la

Trans-Solar. Tengo curiosidad por verla en funcionamiento. Además, la casa que me dejó mi tío en ese planeta nunca la he visitado. Tengo entendido que es maravillosa, enorme y con una vista excitante al Gran Océano.

Jeremías intentó una sonrisa. Parecía costarle trabajo tener que disuadir a su jefe. Al fin, dijo:

—¿Le importaría esperar dos días en Marte, señor? Precisamente hoy he recibido malas noticias de nuestras minas en Antares y tengo la intención de inspeccionarlas. Puede dejarme en Kution, que está cerca. Luego yo tomaría una nave de línea hasta Antares. Así tendríamos ocasión de revisar la Trans-Solar juntos. Pero antes tengo que dejar arreglados unos asuntos.

—Por supuesto que sí. Avíseme cuando lo tenga todo dispuesto, Jeremías. Gracias por todo. No sabría qué hacer sin usted.

Paul estrechó sonriente la mano del ejecutivo, quien saludó a Samantha y acompañó a la pareja hasta la salida.

—Pareces tenerle mucha confianza al señor Ertei, Paul —dijo Samantha cuando salían del edificio.

—Mi padre ya la tenía con él. ¿Por qué no iba a hacerlo yo también? No tengo la menor queja de Jeremías. Desde que lleva los asuntos, los negocios van mejor que nunca. El parece disfrutar calentándose la cabeza para resolver los mil problemas que se le presentan todos los días. Yo no resistiría una hora el ritmo de trabajo que lleva.

—Y de esta forma puedes dedicarte a darte la gran vida, ¿no? —gruñó la muchacha.

—¿Me lo reprochas?

—Me parece una indecencia que un hombre gaste en un día lo que una familia de un mundo recién colonizado tendría suficiente para toda una existencia.

Paul hizo un gesto ambiguo.

—Es posible que tengas razón. Pero llevo mucho tiempo así y es tarde para cambiar. ¿Me crees si te digo que a veces lo he intentado?

—Te creo.

—¿De verdad?

—Claro que si. Los días que he pasado contigo han hecho cambiar el pobre concepto que te tenía.

—¿Cómo ha sido eso?

Samantha dejó su seriedad y sonrió con aquel encanto que tanto agradaba a Paul.

—Porque desde que salimos de la Tierra no has intentado besarme.

Paul la tomó por los hombros, la miró fijamente y dijo simulando una exagerada seriedad:

—Debe ser porque si al principio te supuse una de tantas chicas que sólo acuden a mí en busca de una emoción, de una joya y luego poderse ufanar ante sus amigas de haberme conquistado, luego comprendí, al apuntarme tú con la pistola, que eras valiente, decidida, capaz de enfrentarte con quien sea para vengar a tu hermano, Pero no te confíes. Haré todo lo posible porque al final caigas en mis brazos.

—¿Por agradecimiento sí eres capaz de devolverme a Mauricio?

Paul tomó la mano de la muchacha y la besó suavemente. Ella rompió a reír.

—Si te vieran tus admiradoras se morirían del susto ante tu romántica actitud.

—Recuérdalo. Haré lo imposible porque desees mí amor. Hasta mandar al infierno a la Trans-Solar, si lo que voy a ver allí no es de mi satisfacción.

El semblante de Samantha se nubló repentinamente.

—¿Y si el señor Ertei tuviera razón, que mi hermano me engañó cuando me aseguró que la Trans-Solar lo había contratado?

Paul calló. Presentía que ésa o una respuesta similar era la única posible. Pero tenia que mantener por algún tiempo la esperanza en Samantha. La chica sólo se convencerla de que Mauricio nunca habla estado a las órdenes de la Trans-Solar si lo comprobaba personalmente.

Y para tal cosa, era preciso Ir a Kution. Se alegraba de que Jeremías Ertei les acompañase.

Pero Samantha esperaba una respuesta suya y Paul dijo:

—Tiene que haber una explicación lógica. Ya lo verás.

CAPÍTULO IV

De la agitación constante e inestabilidad política que reinaba en los planetas de Leis, Kution se beneficiaba sustancialmente. El comercio con aquel planeta era fabuloso y su industria crecía a pasos gigantescos ante la creciente demanda de bienes de los reinos vecinos.

Kution era una república con varios siglos de antigüedad. Si hasta entonces se había librado de caer en la anarquía de los mundos de Leis o ser invadido por algún reyezuelo ambicioso, era porque estaba respaldado firmemente por la Galaxia, que no deseaba que el caótico estado de cosas de Leis se propagase como una epidemia. Tionurbe era la capital y más grande ciudad de Kution. A su alrededor se levantaban ingentes industrias, además de media docena de puertos estelares de incesante tráfico, casi todo con los planetas de Leis.

La nave privada de Paul Koren llegó a uno de los puertos, cuando en aquella parte del planeta era mediodía. La “Polem”, tal era su nombre, quedó pronto registrada en la aduana y el escaso pasaje pudo en seguida trasladarse a la ciudad.

Mientras recorrían la autopista a unos doce metros del pavimento en un veloz vehículo guiado automáticamente, Jeremías Ertei dijo a Paul y Samantha:

—Corpet nos espera, pero lamentablemente no podrá hacer otra cosa por la señorita Kenton que confirmar los informes que nos transmitieron al "Polem”. Corpet ha sido muy gentil con nosotros viniendo apresuradamente de Dietar para recibirnos.

—Es posible que tenga nuevas noticias desde que los ejecutivos de la

oficina enviaron aquel informe —sugirió Paul.

—Dietar es el planeta de Leis al que mi hermano iba destinado a trabajar —señaló Samantha.

Jeremías sonrió comprensivo.

—Debo decir que Dietar es sólo uno de los trece planetas de Leis donde nuestra empresa realiza trabajos, señorita. Pero no es precisamente nuestro mejor cliente. Si mi memoria no me falla, creo que en uno perteneciente al sistema solar Blanciut, está renovando su red de carreteras principales. Es un negocio cifrado en varios miles de millones de créditos. Algo fabuloso. Fue un éxito para Corpet lograr el contrato después de disputárselo a varias compañías competidoras.

—Es extraño que nunca hubiera oído hablar de la Trans-Solar, siendo una de mis empresas que más dinero me proporcionan... —dijo Paul, apretando los labios.

Jeremías tosió suavemente y comentó:

—Le recuerdo, señor Koren, que toda la documentación precisa ha pasado por sus manos.

Paul desvió la mirada, simulando mirar hacia el exterior.

Entraron en la populosa ciudad. Después de casi cruzarla, el vehículo se detuvo delante de un Imponente edificio que parecía perderse entre las espesas nubes de Kution. Apenas pusieron los pies en el vestíbulo fueron llevados en volandas hasta el despacho de Corpet, situado en la última planta, y cuyas paredes de cristales ofrecían una inusitada visión panorámica de la ciudad.

Corpet era un hombre de edad media, aunque tal vez tuviera más de cien años; pero su aspecto no representaba tanto. Debía cuidarse en extremo y someterse a periódicas curas de rejuvenecimiento. Sus ademanes resultaron excesivamente delicados para Paul, pero Samantha se sintió cautivada por la sonrisa y expresiones de bienvenida del jefe de la Trans-Solar.

—Deseaba ardientemente conocer al hombre que no dudó en confiarme la dirección de esta empresa cuando se iba a pique, señor Koren —dijo Corpet, estrechando la mano de Paul.

—En realidad se lo debe agradecer a Jeremías Ertei, que fue quien habló de usted —ironizó Paul—. Cuando di el consentimiento estaba seguro que la Trans-Solar estaba en buenas manos.

Corpet propuso que dada la hora podían almorzar mientras cambiaban impresiones. Fue aceptada la sugerencia y se trasladaron a un restaurante cercano, en donde una mesa ya les aguardaba.

Paul notó la impaciencia de Samantha y no esperó llegar a los postres

para interesarse ante Corpet por el asunto que les habla llevado a Kution. Corpet dejó de comer y miró con pesadumbre a Samantha.

—Me hubiera gustado poder darle mejores noticias, señorita Kenton. Estaba en Dietar cuando me comunicaron de las oficinas locales la llegada suya y del señor Koren. Al conocer el motivo aceleré mi regreso y por mi cuenta inicié unas investigaciones.

—Durante el viaje recibimos en el "Polem" un informe bastante detallado confeccionado por el departamento de personal —dijo Ertei—. Ya conocemos que nunca se contrató a Mauricio Kenton, ¿Es que han averiguado algo?

Corpet asintió.

—Así es. Ya dije que fue idea mía. Dediqué unos hombres a investigar fuera de nuestras empresas, ya que estábamos seguros que Kenton nunca había tenido relación con nosotros. Sólo por satisfacerle, señor Koren, hemos sabido que Mauricio Kenton sostuvo entrevistas con unos enviados de un rey de Leis. Lamento no poderle decir el nombre porque lo desconozco, pero sé que este monarca se disponía a sostener una guerra con su vecino y pensaba fortificar sus ciudades además de prepararse para el caso de tener que resistir un largo asedio. Al parecer Kenton aceptó. Como este tipo de relaciones están prohibidas en Kution, tenía que embarcar secretamente, ocultando sus intenciones para evitar ser detenido por las autoridades. Indudablemente, debió contar a su hermana que estaba contratado por nosotros para tranquilizarla además de...

—Termine, Corpet —conminó Paul tensamente.

—Mauricio Kenton debió pensar que necesitaba una buena excusa para poder justificar la fuerte suma de dinero que pensaba traer consigo al regreso. Por eso dijo que iba a trabajar para nosotros. Eso es todo.

—¿Nada más? —susurró Samantha llena de desaliento.

—Sólo puedo añadir que partió en una nave de línea, de nuestra propiedad por cierto, hacia Dietar. Pero una vez allí debía reanudas el viaje hacia otro planeta. En Dietar perdimos su pista.

—¿Por qué no podía ser Dietar su punto definitivo de destino? —preguntó Samantha—. Yo poseo el resguardo de un envío personal con un pasaje para Dietar, que fue el que usó mi hermano.

—Porque en Dietar no existe ningún monarca dispuesto a declarar la guerra a un vecino del mismo planeta —suspiró Corpet.

—¿Cómo está seguro de eso?

—Dietar está gobernado por un solo hombre, por Su Majestad Jules VI. No es un modelo de gobernante, pero es el mejor de cuantos existen en Leis. Y es lo bastante listo como para no ir a una guerra interplanetaria

contra un vecino.

—Sigue estando muy seguro, Corpet —dijo Paul.

—Y así es. Yo nunca hubiera aceptado un encargo de envergadura en Dietar si no supiera que podemos financiarlo... y cobrarlo. Allí existe estabilidad política. Nuestro departamento correspondiente hizo la oportuna investigación.

Samantha perdió el apetito y la reunión languideció lentamente. Paul se levantó y dijo que iba a acompañar a la muchacha al hotel donde ya se le había reservado unas habitaciones.

—No sabía que se molestaron en eso —protestó Samantha—. Tengo un apartamento en la ciudad. Desearía ir a él.

—Te acompaño entonces —se volvió a Corpet y Ertei y les dijo—: Les veré más tarde, señores.

Corpet se levantó sonriente y preguntó:

—¿Se marchará pronto, señor Koren?

Paul miró largamente a Corpet. Movió la cabeza negativamente y dijo:

—Pienso estarme unos días. Tal vez bastantes. Voy a gozar de una experiencia nueva en Kution.

—Entonces le confeccionaré un extenso programa que le agradará --dijo Corpet—. Esta ciudad es famosa por sus atractivos y...

—Nada de eso —le atajó Paul—. La experiencia será de trabajo. Voy a inspeccionar profundamente el funcionamiento de la Trans-Solar. Incluso es posible que visite los trabajos que estamos haciendo en los planetas de Leis.

Antes de volverse para marcharse, Paul pudo ver el asombro que cubrió el rostro de Corpet. Pero no tuvo ocasión de observar el de Jeremías, que después de recobrarse de la sorpresa empezó a sonreír levemente. Comentó a Corpet:

—Al parecer el chico no es tan despreocupado respecto a sus negocios, ¿no le parece, Corpet?

Sólo recibió por parte de éste un gruñido, al tiempo que se sentaba pesadamente.

* * * *

Paul estudió el reducido piso de Samantha. En seguida pensó, dado su profundo sabor femenino, que sólo ella debía compartirlo. No se notaba en él la presencia de un hombre, ni siquiera la de su hermano. Paul preguntó acerca de esto.

—Mauricio tenia otro al lado sur de la ciudad —explicó ella—, Pero

nos velamos a menudo.

—¿Y tu trabajo?

—Cuando dejé de tener noticias de Mauricio y empecé a buscarlo decidí dejarlo temporalmente. No tendré más remedio que volver. Apenas me queda dinero después de pagarme el pasaje a la Tierra.

Paul curioseó unas figurillas de madera colocadas encima de un mueble y preguntó distraídamente:

—¿Trabajabas para la competencia?

Ella sonrió.

—¡Oh, no! Mi compañía es muy modesta. Sólo realiza trabajos en Kution. Nunca se hubiera atrevido a desafiar a la Trans-Solar.

—¿Desafiarla?

—Sí. Lo hubiera hecho de entrometerse en sus contratos con los planetas de Leis.

—La competencia es lícita...

—Deberías saber que en una ocasión estuvo a punto de aceptar un proyecto en un planeta de Leis, pero la Trans-Solar le advirtió que podía ser peligroso si lo hacía. Mis jefes no se atrevieron a presentar la batalla y se conformaron con los proyectos locales.

—Ignoraba que la Trans-Solar usase tales procedimientos.

—Pues es cierto. Corpet es un jefe muy competente... para tus intereses, claro. Aunque usa unos métodos poco ortodoxos.

Paul asintió.

—Entonces va a ser muy interesante que me quede aquí por una temporada. Voy a ver con mis propios ojos si detrás de todo esto no hay algo que me cause repulsa.

Samantha se acercó a Paul.

—Hay algo que he callado hasta ahora. Puede ser importante.

—¿Se trata de tu hermano también?

—Si. Nunca lo mencioné porque pensé que no podría averiguar si se oponían los ejecutivos de la Trans-Solar. Pero estando ahora tú aquí...

—¿Es que no confías ya en mí? —sonrió Paul tratando de animarla—. Estoy de tu parte, preciosa.

—Tengo un amigo que trabaja en las oficinas de la Trans-Solar, en el departamento de comunicaciones. Una vez me dijo, cuando supo que buscaba a Mauricio, que él estaba seguro que en cierta ocasión se efectuó una llamada desde la central al apartamento de Mauricio.

—Lo siento. Eso no es ninguna prueba.

—Mi amigo, su nombre es Jhonan, me confesó que la Trans-Solar conserva durante un año todas las conversaciones sostenidas desde sus

oficinas con el resto de los planetas, en un cerebro electrónico. Es una costumbre. Jhonan afirma que si él tuviera acceso al cerebro, sabríamos de una vez si la Trans-Solar contrató o no a mi hermano.

—¿Por qué no lo dijiste delante de Corpet? —preguntó Paul, con suspicacia—. Habríamos podido ir entonces a las oficinas y averiguarlo.

—Eso hubiera supuesto la expulsión de Jhonan del trabajo.

—Yo lo hubiera impedido. Pero de todas formas, me alegro que me hayas contado eso. Es posible que sea mejor así. Si existe algún complot para ocultar lo de tu hermano, debemos ser precavidos, no alarmar a nadie. ¿Podríamos localizar a Jhonan?

—Sí. A estas horas debe estar en su apartamento. Vive tres calles arriba.

Después de que Samantha hubiera llamado a Jhonan pidiéndole que acudiese a su casa, Paul preguntó:

—¿Es ese Jhonan un buen amigo tuyo o algo más?

—¿Estás celoso?

Paul sonrió forzadamente.

—Te lo diré cuando le vea. Si es alto y fuerte, además de guapo, no me caerá simpático.

—Entonces lo siento. Es el mejor tipo de Kution. Estará aquí en menos de una hora.

Paul soltó un gruñido y se dejó caer sobre una silla junto a la pequeña ventana que daba a la avenida.

—¿Te importaría servirme una copa mientras?

* * * *

—No lo comprendo, señor Koren... No lo comprendo.

La respuesta de Jhonan era prácticamente lo que Paul esperaba. No le pilló desprevenido. Sonrió y miró irónicamente a Samantha, como si le estuviera diciendo: “Te felicito, guapa. Me has engañado bien. Pero me alegro. No me gustan los rivales.”

Samantha se acercó a ellos llevando nuevas bebidas. Jhonan, como todos los de su raza, sólo aceptó un jugo de raíces con una pizca de alcohol. Jhonan pertenecía al grupo de humanoides de Casiopea, muy apreciados en los mundos humanos por sus habilidades burocráticas.

Jhonan era alto, Un poco más que Paul, de tronco vigoroso y cilíndrico. Su cabeza era diminuta, de cráneo puntiagudo. Su piel brillante y azul era hermosa. Sus largos brazos, terminados en doce finos dedos, como tentáculos, ideales para manipular las computadoras. Lo único que parecía

desentonar en su anatomía según los cánones humanos, eran sus piernas gruesas, más adecuadas para un elefante terrestre que para un bípedo.

Pero Paul pronto se sintió atraído hacia él. Jhonan era un tipo agradable, con el que pronto se olvida de su aspecto un tanto estrafalario.

Paul le había expuesto en seguida sus intenciones. La reacción de Jhonan era la esperada por él. Había llegado el momento de extenderse en explicaciones.

—Es preciso que llegue ante los registros sin que nadie tenga oportunidad antes de alterarlos. Si es cierto que Mauricio mantuvo contacto con las altas jerarquías de la Trans-Solar, es preciso que obtenga pruebas.

Los circulares ojos rojos de Jhonan miraron desoladoramente a Paul Koren.

—¿No me cree?

—Ni le creo ni pienso que es un mentiroso. Si en los registros no está lo que usted afirma, pensaré que se equivocó y lo olvidaré todo. Si por el contrario tiene razón le recompensaré adecuadamente.

Jhonan se volvió hacia Samantha, suplicando ayuda.

—Por favor, Jhonan —dijo la muchacha—. Es muy importante para mí. ¿No es posible hacer lo que dice Paul?

—Claro que es posible —gruñó Jhonan—. Yo puedo facilitarle la entrada a la sala de archivos al señor Koren esta noche, cuando no haya nadie allí. Pero es que no comprendo por qué él no va de día. Es el dueño. Nadie le puede negar nada.

—Apenas diga que deseo inspeccionar los archivos mientras subo hasta el piso donde estén, alguien puede alterarlos. Ha de ser esta noche, Jhonan. Y hasta temo que lleguemos tarde.

Jhonan negó con la cabeza.

—Los ejecutivos no saben que esa conversación fue registrada, señor. Ellos usan una línea especial, no controlada. Pero aquel día hubo una avería y todas las conversaciones quedaron registradas. Yo lo indiqué a ingeniero, pero él me dijo que lo dejase estar, que no tenía importancia.

Paul miró por la ventana, y luego, consultó su reloj

—Podemos partir dentro de una hora. Puede estar tranquilo, Jhonan, no le comprometeré. Si algo ocurre diré que obedecía mis órdenes.

Jhonan se levantó y dijo:

—Puedo negarme, señor. Usted no podría obligarme Pero lo haré por Samantha. Ella siempre fue una buena amiga mía. Le espero fuera, junto a mi coche. ¿Desea utilizarlo?

—Desde luego. Hasta dentro de un rato, Jhonan, gracias.

Cuando estuvieron solos, Samantha dijo:

—Conocí a Jhonan apenas llegó al planeta. Vino engañado por un desaprensivo. En su mundo nativo no vive muy bien y buscaba trabajo. Aquí existe una colonia nutrida de compatriotas suyos, pero nada pudieron hacer por él. Yo le busqué un empleo y luego él consiguió entrar en la Trans-Solar. Es muy agradecido. Paul...

—¿Qué, preciosa?

—No desearía por nada del mundo perjudicarle.

—¿Por qué íbamos a causarle daño? ¿Acaso no soy el dueño del edificio al cual voy a entrar esta noche como un ladrón? Si nos cogen, ellos serán los que se verán en una situación extraña.

—Querrás decir que iremos como dos ladrones. Jhonan esperará fuera, pero yo iré contigo.

—No seas absurda...

—¿Es que tú temes correr peligro?

—No, claro que no.

—¿Entonces?

Paul soltó una imprecación y salió del apartamento. Sonriendo, Samantha le siguió.

CAPÍTULO V

Cuando Paul, seguido de Samantha, corría hacia la entrada del tejado, recordaba las instrucciones de Jhonan para burlar los distintos dispositivos de seguridad del edificio.

Fue anulándolos uno por uno mientras iba descendiendo los diversos pisos. Fue una tarea pesada, ya que Jhonan le advirtió que no usase el ascensor. En una ocasión se tuvieron que ocultar ante la presencia de un vigilante-robot. Aquél era el mayor peligro que existía. La personalidad de Paul o de Samantha no estaba codificada por el robot y se exponían a recibir una descarga anestésica si eran descubiertos. Y si huían, el disparo sería mortal. Esto, por supuesto, no podía ocurrir con vigilantes humanos, que también los había. Paul podía gritarles quién era antes de que disparasen. Pero los robots no harían el menor caso a sus palabras.

Llegaron al piso donde estaban los computadores y archivos. Paul indicó con un gesto a Samantha, que se pusiera las gafas especiales. Con ellas podrían ver en la oscuridad, aprovechando las escasas partículas luminosas invisibles al ojo humano.

Mientras se acercaban a las máquinas, Paul sacó del bolsillo un plástico en el que Jhonan le había escrito los códigos dónde estaba grabada la conversación.

—Busca por ahí —dijo a Samantha—. Yo lo haré por este lado.

Ambos se separaron y fueron leyendo los números de los bloques de archivadores. Paul había perdido de vista a Samantha cuando se detuvo al escuchar un ruido. Se ocultó detrás de unos computadores y desde allí vio entrar un robot. La sangre se le heló en las venas. El autómata no estaba

dando una rutinaria ronda, sino que parecía buscar algo. ¿Habían sido descubiertos?

Paul sabía cómo actuaban aquellos engendros. Detectaban los latidos del corazón humano cuando adquirían cierta velocidad a causa de una tensión emocional alta. Samantha debía estar asustada y su mismo miedo la había delatado. El robot parecía dirigirse sobre sus silenciosas ruedas hacia donde estaba ella.

Escuchó gritar sordamente a Samantha cuando la muchacha comprendió que había sido descubierta por el vigilante automático. Aquello sólo sirvió para que el robot aligerase su marcha.

Paul saltó de su escondite y corrió detrás del robot. Apenas llegó a un metro de él cuando el metálico cuerpo giró sobre sus ruedas y se enfrentó a Paul.

De la esférica cabeza surgió un rayo de luz que Paul apenas pudo esquivar arrojándose al suelo. Mientras rodaba pudo sacar del cinturón una pastilla metálica que arrojó a un rincón. De ella surgió un sonido rítmico que obligó al ente de acero a dirigirse hacia allí.

Lo que Paul había usado para desconectar al robot no era otra cosa que una grabación de los latidos del corazón. Su potencia, aunque inaudible para los oídos humanos, era una poderosa atracción para el robot.

Paul se incorporó y alcanzó al autómata. Su mano tanteó unos segundos el frío cuerpo y encontró el interruptor. Lo apretó con fuerza y el robot se detuvo.

Samantha se acercó a él andando de puntillas, come si temiera despertar al robot.

—No te preocupes. Está listo. No ha tenido tiempo de dar la alarma. Ahora tenemos que darnos prisa.

Volvieron a la búsqueda y minutos después Samantha hacia señas a Paul. Había localizado el computador. Paul se reunió con ella y comprobó que era exactamente lo que buscaban. Con precisión, sacó el cilindro y lo guardó dentro de su chaqueta.

Poco después estaban junto a Jhonan, que emitió su extraña sonrisa al verlos llegar. Subió a la cabina de su aéreo y puso los motores en marcha, aguardando a que la pareja terminase de recorrer los veinte metros que les separaban de él. Entonces en la silenciosa y oscura terraza se encendieron cien cegadoras luces que convergieron sobre Paul y Samantha. Ambos se detuvieron consternados, sin atreverse a dar un paso.

La muchacha intuyó el peligro y gritó:

—¡Huye, amigo mío!

Escucharon el zumbido de los motores del aéreo de Jhonan por unos

segundos, como si éste dudase en huir. Cuando aparecieron varias figuras corriendo hacia la zona iluminada, el vehículo pegó un brinco y se, elevó. Algunos hombres elevaron sus armas y dispararon.

—Ha logrado escapar —susurró Paul percibiendo el ruido cada vez más apagado del aéreo de Jhonan.

—Es mejor así —repuso Samantha.

Varios vigilantes armados se acercaron a ellos mientras otros grupos corrían por la terraza en busca de más visitantes nocturnos.

—¿Quiénes son ustedes y qué buscan? —preguntó un hombre, vistiendo uniforme oscuro y armado con un poderoso rifle.

—Deseo que me lleve a presencia del jefe.

—Yo soy el jefe de los vigilantes —gruñó el hombre—. Me parece que tendrán que contestar a unas preguntas antes de avisar a las autoridades.

—Me refería al director, al señor Corpet.

El otro puso gesto incrédulo.

—¿Qué tontería es ésa? ¿Desde cuándo unos ladrones vienen con esas exigencias?

—Existe una confusión en todo esto. No somos ladrones.

—Claro que no. Son aves de la noche que han caído aquí cegados, por nuestras luces —rió el vigilante. Se puso serio repentinamente y rezongó —: Ya están acabando con mi paciencia. A la policía no les importará llevárselos con algunos golpes, si no me dicen qué pretendían robar y cómo consiguieron entrar. Ya descubrimos el robot que inutilizaron.

—Me llamo Paul Koren. No creo que vaya a decirme que no sabe quién soy, ¿verdad?

—Sé quién es Paul Koren. Vamos abajo a arreglarlo todo.

—¿No me cree? Lo suponía. Tendrá que avisar al señor Corpet.

—El dueño de todo esto está a cientos de años luz de aquí, amigo. Y no voy a molestar al señor Corpet por esto. Mañana se enterará de todo, cuando ustedes estén en manos de la policía.

Paul se resignó por el momento. Se dejó conducir hasta las habitaciones de los vigilantes. Una vez allí volvió a la carga.

—¿Es que no sabe que he estado aquí esta misma mañana? Jeremías Ertei, el principal ejecutivo de mis empresas, me acompañó. Será mejor que llame al señor Corpet si no quiere verse en un buen lío, amigo. Hasta ahora ha cumplido bien con su deber, pero ya empiezo a cansarme.

Uno de los vigilantes se aproximó a su jefe y dijo mirando a Paul:

—Es cierto que estuvo aquí el jefe esta mañana. Mi enteré cuando por la tarde entré de servicio.

El jefe de los vigilantes se rascó la barbilla y meditó.

—Está bien. Llamaré primero a Corpet. El decidirá si aviso o no a la policía. Pero le juro, amigo, que si me gano una bronca por su culpa, le machacaré la cara.

Fue a salir de la habitación cuando se volvió y preguntó:

—Pero si es cierto lo que dice, Corpet me preguntará qué estaba haciendo usted aquí. ¿Qué le puedo decir?

—Dígale que vine a buscar un registro de la computadora y lo encontré. Vamos a saber que Mauricio Kenton tuvo relaciones con la compañía.

El hombre terminó marchándose moviendo la cabeza, pensando que tal vez el tonto era él por hacerle caso a las mentiras de un ladrón.

Paul le gritó antes de que el vigilante desapareciera:

—Pero será mejor que llame a Jeremías Ertei al hotel donde se aloja.

—¡Váyase al diablo de una vez! —le contestó el vigilante.

Sin dejar de ser observados por varios hombres, Paul y Samantha se sentaron en unas sillas junto a una mesa en donde estaban desparramadas unas cartas y docenas de fichas. Paul sonrió al pensar que habían interrumpido lo que podía ser una interesante partida.

—¿Crees que ha sido sensato decir a Corpet que tenemos el registro sin antes haberlo escuchado?

Paul se encogió de hombros.

—Tenía que dar un indicio para que no dudara que soy yo quien tienen retenido sus hombres. Vendrá en seguida. Haré que acuda también Jeremías y todos escucharemos la grabación.

Samantha pareció que iba a decir algo, pero cerró la toca y permaneció en silencio. El jefe de los vigilantes tardó un largo rato en regresar. Se puso delante de Paul y le pidió:

—Déme el registro que robó del computador.

—¿Qué le ha dicho Corpet?

—Calle y déme el cilindro.

Paul se levantó encolerizado.

—¿Es qué no ha hablado con Corpet?

—¡Sí lo he hecho, amigo! Viene para acá a reconocerle personalmente. No se cree que pueda ser usted quien entre en su propia casa como un vulgar ladrón. ¿No es comprensible? Ahora déme el cilindro. Corpet no quiere que sufra daño.

De mala gana, Paul entregó el cilindro al vigilante, quien después de guardarlo dentro de un cajón de la mesa, sacó su arma de la funda y. apuntó con ella a la pareja.

—¡Eh! ¿Qué locura es ésta? —preguntó Paul, colocándose delante de Samantha.

Pero la muchacha, aturdida, volvió a situarse a su lado.

El jefe de los vigilantes explicó escuetamente:

—Cumplo órdenes del señor Corpet.

Y disparó dos veces, dando en el blanco deseado.

* * * *

Dos días después, Jeremías recibió un aviso de la recepción del hotel. Supo que un tal Jhonan deseaba verle. Salió del baño y mientras se secaba con el aire caliente se preguntaba quién podía ser aquel tipo. Habla dicho que subiera dentro de veinte minutos. Le comía la curiosidad.

Cuando tuvo delante a Jhonan, el saber que se trataba de un humanoide le intrigó aún más. Pidió al visitante que se sentase y le preguntó si deseaba tomar algún licor. Jhonan observó que entre las bebidas de Jeremías no había jugo de raíces y negó con la cabeza.

—Lo que me ha traído hasta usted es muy Importante, señor Ertei.

—Eso espero. Tengo cierta prisa. Me esperan en el edificio de la Trans-Solar —Jeremías se pasó la mano por la cara. Parecía terriblemente cansado.

—Yo trabajo en la Trans-Solar, señor.

Jeremías enarcó una ceja.

—Es curioso. ¿Es que va a pedirme algo relacionado con su trabajo? Le advierto que aunque el señor Corpet depende de mí, no es mi costumbre inmiscuirme en los asuntos internos de ninguna de las empresas del señor Koren.

—Nada de eso. Es precisamente del señor Koren de quien vengo a hablarle.

—¿Del señor Koren?

—Y también de la señorita Kenton.

—¿Es qué los conoce? —preguntó Jeremías, inclinándose hacia Jhonan.

—A ella la conocía hace tiempo. Al señor Koren le vi la primera vez hace dos noches. Yo le llevé hasta la terraza del edificio de la Trans-Solar en mi aéreo.

—¿Que usted le llevó, dice?

—Sí. Y también le informé de dónde estaba la sala de registros y la forma de llegar a ella burlando los detectores.

Jeremías adoptó una postura reservada ante Jhonan. Previsoramente, su mano se hundió en su traje y palpó la fría culata de la pistola. Empezaba a temer que la visita de Jhonan pudiera encerrar algún peligro hacia él.

—¿Sabe que desde hace dos días nada sabemos de Paul Koren ni de Samantha Kenton? —inquirió Jeremías.

—Desde luego. Todo ese tiempo he estado dudando si venir a verle a usted o no —repuso Jhonan.

—¿Para qué llevó a Paul Koren hasta el edificio?

—El me lo pidió. Deseaba algo de allí, que yo le dije podía interesarle.

—¿Qué era eso?

—Un cilindro de registro de, conversación. Yo sé que Mauricio Kenton fue prácticamente contratado por la compañía, y una conversación entre él y un alto ejecutivo fue grabada accidentalmente aquel día, poco antes de la partida de Mauricio hacia Dietar.

—¿Qué pasó aquella noche, cuando Paul Koren entró en las oficinas?

—Ya salía junto con Samantha cuando fuimos descubiertos por los vigilantes. En realidad no podía pasaros nada, una vez que Koren hubiera revelado su identidad. Pero yo me asusté, Samantha no quería complicarme a mí y me gritó que me marchase. Escapé. Al día siguiente fui a mi trabajo con la esperanza de enterarme de lo que hubiera pasado. Todo seguía como si nada anormal hubiera sucedido por la noche. Llamé al apartamento de Samantha y ella no estaba. Entonces, por la tarde, me enteré que el señor Koren había desaparecido y era buscado por la policía.

Jeremías alejó su mano de la pistola. Asintió.

—Es cierto —dijo—, Pero desconocía lo que usted: acaba de contarme. ¿Podría explicármelo todo detalladamente?

Jhonan relató a Jeremías todo cuanto sabía y la petición de Paul de ir por la noche en busca del cilindro porque temía que fuera destruido si lo mencionaba al personal de las oficinas.

—El señor Koren y Samantha desaparecieron en las oficinas de la compañía, señor. Después de esa noche no han vuelto a ser vistos. Y sé que las autoridades del planeta están buscándole. Se dice que es posible que haya sufrido un secuestro o algo parecido. Pero yo sé que en las mismas oficinas de la Trans-Solar está la respuesta.

—¿Sabe si llegó Paul a coger el cilindro?

—Lo ignoro. No tuvieron tiempo de acercarse a mi aéreo.

Jeremías se levantó y tendió la mano a Jhonan, que éste estrechó delicadamente.

—Ha sido muy valiosa su información, Jhonan —dijo el alto ejecutivo —. Será tenida en cuenta. Ahora le ruego que vuelva a su trabajo como todos los días y no diga nada a nadie.

—Sólo deseo que ellos sean encontrados, señor. Koren sospechaba que algo turbio está sucediendo en sus oficinas de la Trans-Solar.

—Yo personalmente investigaré. Se lo prometo. En cuando sepa algo se lo diré. Pero dígame, ¿por qué ha acudido a mí y no al señor Corpet?

Jhonan hizo que sus ojos rojos brillasen al decir:

—Pienso que Koren sospechaba de él. Y yo estoy de acuerdo. No me gustan los métodos de Corpet.

Y se marchó.

Jeremías lo vio alejarse, pensando que había hecho muy bien acompañando a Paul Koren hasta Kution. Su presencia allí en aquellos momentos iba a ser decisiva.

* * * *

Jhonan terminó su jornada de trabajo en medio de un nerviosismo que apenas pudo dominar. No atrajo la atención de sus superiores, pero dos veces tuvo que volver a hacer el trabajo. Cuando hubo concluido, corrió hasta el piso donde tenía accidentalmente el despacho Jeremías Ertei. Preguntó por él y le dijeron que acababa de marcharse con el señor Corpet.

Desilusionado, Jhonan ascendió hasta la terraza y entró en su aéreo. Prácticamente era el último en marcharse aquel día. Encendió los motores y lo hizo elevarse. No se sentía con deseos de conducir y se apresuró en dirigir su vehículo hasta el cinturón de energía para poner el piloto automático.

Apenas hubo cerrado la llave de conducción manual cuando parpadeó asombrado al comprobar que el ruido de los motores se apagaba. Aún no estaba sobre la zona de seguridad y el vehículo se precipitaba hacia las calles.

Desesperadamente, Jhonan pulsó repetidas veces la puesta en marcha. Con asombro vio cómo la llave se le partía, bloqueando el circuito.

Mientras descendía vertiginosamente sobre un lago de la ciudad, Jhonan tuvo tiempo de hacer unas reflexiones. Con el clásico estoicismo de su raza, llegó a la conclusión de que su visita al señor Jeremías habla llegado hasta los oídos de quienes habían hecho desaparecer a Paul y Samantha.

Antes de estrellarse contra las poco profundas aguas, Jhonan masculló una maldición y se dijo que había sido un tonto al suponer que Jeremías iba a tener callada su entrevista por mucho tiempo. El muy cretino había ido con el cuento en seguida a Corpet o a...

No tuvo tiempo de meditar más.

CAPÍTULO VI

El hermético rostro le miraba fijamente. Paul quiso parpadear y no lo consiguió. Acababa de recobrar la visión, después de volver primero en sí; y pensar que estaba ciego o en una habitación completamente oscura. Luego sintió un pinchazo, el líquido helado recorrerle las venas y entonces pudo ver a pesar de tener los ojos cerrados.

Después de percatarse que estaba tendido en algo duro, vio el rostro serio, moreno y escrutador de un hombre de edad media. Sus cabellos eran grises y largos. Cuando le tocó el rostro, apretándole la frente, vio que aquellas manos eran firmes y de dedos largos, ágiles.

Intentó moverse y tuvo el horroroso pensamiento de que carecía de cuerpo, que su cabeza era lo único que disponía, alimentada por líquidos nutritivos.

Sintió nuevos pinchazos en el pecho, en los brazos, en las piernas. Comprendió, aliviado, que estaba bastante entero. Pero al pretender hablar supo consternado que aún no disponía del uso de la palabra. ¿Tenía que esperar una nueva inyección?

Por primera vez el hombre esbozó una ligera sonrisa. Paul le vio avanzar hacia él llevando una jeringuilla, que después de serle clavada le hizo sentir un intenso dolor en la garganta.

—Podrá hablar pronto —dijo el hombre, retirándose y saliendo del escaso campo de visión de Paul.

Cuando regresó le ayudó a incorporarse de la estrecha cama de madera. Paul sintió dolores en todo su cuerpo. Con forzada voz se lo hizo saber al hombre.

—Es natural. Eso ocurre —replicó éste—. Pero alégrese de ello. En realidad debería estar peor.

—¿Quién es usted y dónde estoy?

—Me llamo Zlair. Podrá incorporarse por sí mismo.

Paul lo hizo y se sorprendió porque hasta entonces no se dio cuenta que estaba totalmente desnudo.

Zlair le sonrió y le entregó un paquete de ropas.

—Póngaselas. Nadie se extrañará que vaya vestido. Diré que lo hizo después de aplicarle el tratamiento.

Cuando Paul se hubo vestido se quedó mirando la estancia en donde se hallaba. Era grande, de techo bajo y escasamente alumbrada. Allí había cientos de camas de madera como la suya. Y estaban ocupadas por hombres, la mayoría, y algunas mujeres. La desnudez de ellos era total.

—Ahora deberá escucharme atentamente señor Koren. Y obedecerme en todo.

—¿Sabe mi nombre? Me alegro —torció el gesto, tratando de recordar qué había pasado desde que le sorprendieron a él y a Samantha los vigilantes—. ¿Dónde está Samantha?

—No sé de quién me habla.

—Es la chica que me acompañaba cuando esos rufianes nos dispararon. Cuando lo hicieron, creí que se acababa todo. Pero debieron usar un anestesiador.

—No sé lo que le pasó, señor Koren. Pero me alegro que sea usted quien me suponía —suspiró Zlair.

—¿Qué quiere decir? .

—Cuando le trajeron aquí no estaba seguro, porque era increíble pensar que el dueño de las empresas más famosas de la Galaxia estuviera en el almacén. Pero decidí arriesgarme. Tendrá que seguir mis instrucciones al pie de la letra si quiere salir de aquí. Me supongo que no está por su voluntad, ¿no? —y Zlair soltó una corta risa.

—Cada vez entiendo esto menos.

—Yo puedo explicarle algo antes que vuelva a tenderse en esa cama y finja estar dormido.

—¿Quiere decir que tengo que continuar aquí? —preguntó iracundo Paul señalando el incómodo lecho abandonado.

—Mire, señor Koren. Yo corro serio peligro al ayudarle. Al verle pensé que ésta era una buena oportunidad para salir de este antro al mismo tiempo que ganar un buen montón de dinero.

—¿Cómo piensa ganar ese dinero?

—Usted me lo dará, claro. Confiaré en su palabra. Cuando termine de

hacer volver en sí a los demás, usted fingirá que no sabe quién es, pero a la primera oportunidad escapará de esta ciudad, cuando los trasladen en camiones hasta sus destinos. No habrá vigilantes porque nunca se ha escapado nadie en los primeros días después de la llegada. Dentro de la ropa le he puesto algún dinero, pero será cuenta suya la forma de salir del planeta, denunciar el caso a las autoridades galácticas y rescatarme. Entonces me entregará un millón de créditos.

Paul sintió un repentino dolor de cabeza, pensando que aquello carecía de la más simple lógica. Zlair notó su aturdimiento y dijo impaciente:

—No puedo perder más tiempo. Le daré agua y un poco de comida. Lleva diez días alimentándose sólo por vía intravenosa. Tengo que marcharme en busca de mis ayudantes para despertar a todas esas gentes. Cuando vuelva, quiero verle tendido, sin moverse. Sólo cuando le inyecte otra vez despertará y simulará que está drogado, haciendo todo cuanto le ordenen. ¿De acuerdo?

—Pero...

—En caso contrario, al regresar, si no cumple con lo que le digo, no tendré más remedio que reducirle y darle el tratamiento especial que me ordenaron suministrarle.

—¿Quién se lo ordenó?

—Eso no viene ahora al caso. Tendrá ocasión de saberlo todo antes de abandonar el planeta. Ahí tiene comida. No olvide esconderla cuando termine. Regresaré dentro de veinte minutos. Por favor, señor Koren, comprenda que quiero ayudarle.

Paul se acercó a la mesa en donde estaban las cápsulas y agujas hipodérmicas. En una caja había unos emparedados y una botella con agua. Los tomó y regresó con ellos a la cama, sentándose encima. Vio marcharse a Zlair por una puerta. Escuchó ruidos de llaves.

Tragó un poco de agua que pareció hervir al pasar por la garganta. Pensó en Zlair. No confiaba plenamente en aquel tipo, pero era bueno que éste le hubiera dicho que le ayudaba por dinero. Era preferible confiar en los mercenarios que en los idealistas. Al menos eran más eficaces.

Se bajó de la cama y anduvo entre las hileras de durmientes. Había hombres y mujeres de todas las edades, pero ninguno tenía el suficiente número de años para llamarlos ancianos. También muchos eran humanoides, pero todos bípedos.

De pronto se detuvo alelado. Sobré una cama acababa de descubrir a Samantha. Su cuerpo desnudo parecía pálido. El bello rostro de la muchacha aparentaba gozar de un sueño profundo, aun que nutrido, por pesadillas.

Paul dejó la comida y se acercó a ella trémulo. La tocó y suspiró al notar vida en aquel hermoso cuerpo, Se mordió los labios impidiendo que de éstos saliera una sonora maldición.

Crispó los puños y regresó precipitadamente a la mesa. Ansiosamente encontró las cápsulas vacías que Zlair había usado en él. Era muy peligroso, pero no quería correr el riesgo. Tenía que hacer volver totalmente en sí a Samantha, no dejarla semidespierta como Zlair haría después con todos. Seleccionó unas cápsulas iguales a las vacías y tomó varias agujas.

Rogó que no sufriera una lamentable equivocación y empezó a suministrar las drogas a la muchacha. Tenía que despertarla para ponerla al corriente.

Mientras esperaba la reacción de Samantha, la llevó hasta cerca de su cama. De la de al lado cogió al durmiente y lo trasladó al lecho que había ocupado Samantha. Así estarían juntos cuando emprendiesen la marcha.

Apenas hubo depositado a la muchacha cuando ésta comenzó a dar señales de que volvía en sí.

Paul suspiró aliviado al ver que no se había equivocado al elegir las medicinas. Tuvo que tapar la boca de ella para impedir gritar. Le sonrió y contó rápidamente lo poco que sabía.

—Ahora sólo tenemos que esperar. Zlair regresará pronto. Al parecer nos llevarán en camiones a otro sitio. Entonces huiremos. Zlair dice que tenemos que huir del planeta.

—¿Estamos en Kution? —preguntó Samantha, mirando sobrecogida las yacentes figuras.

—Me temo que no. No sé dónde estamos. Toma un poco de agua.

Paul hizo desaparecer las cápsulas vacías usadas en Samantha y ocultó los restos de comida. Apenas había terminado cuando escuchó ruidos en la puerta. Corrió hacia su cama y besó a Samantha antes de tenderse, diciendo:

—Te quiero. No te preocupes. Todo saldrá bien.

La puerta se abrió y Zlair entró al frente de una docena de hombres vestidos de blanco.

Antes de cerrar los ojos totalmente, Paul vio acercarse a Zlair, que le miró preocupado, como si temiese no encontrarle en la condición deseada por él.

* * * *

—No temas; aunque nos oigan no pueden entendernos —susurró Paul a

Samantha.

Ella estaba sentada frente a él, apretada entre un hombre y una mujer que tenían la mirada vidriada y perdida en un punto indefinido del camión.

Samantha se agitó entre los dos cuerpos que la oprimían. Vestía un sencillo pantalón y blusa negros. Antes habla pedido a Paul que le hiciera sitio a su lado para sentarse junto a él. Pero Paul respondió que desde la cabina del camión podían verles. En cambio, no podrían descubrir su conversación si la mantenían por debajo del ruido del motor.

—¿Cuándo escaparemos? —preguntó Samantha.

—Aún no debemos hacerlo. Otros camiones vienen detrás. Tendremos que esperar a llegar a la ciudad próxima.

—Esto no es Kution.

—De eso ya estoy seguro. ¿Pero dónde entonces? He estado pensando una cosa. No tiene sentido.

—Nada de esto lo tiene —respondió Samantha.

—Me refiero a que si alguien deseaba librarse de nosotros, no tenía por qué tomarse tanta molestia. Pudo habernos convertido en cenizas y dispersarlas encima del océano.

—Tienes razón. ¿Qué piensas?

Paul sonrió.

—Es lo malo. No puedo pensar nada. Pero sospecho que estamos en uno de los planetas de Leis.

—¿Por qué en Leis?

—Zlair dijo que había estado diez días sin conocimiento. En ese tiempo sólo se puede llegar a cinco planetas de Leis partiendo de Kution. Otros sistemas solares quedan a más tiempo de viaje. Y Dietar es uno de ellos, uno de los cinco.

Paul vio en el rostro de Samantha acrecentarse su palidez.

—¿Quién es ese Zlair? —preguntó la muchacha.

—Un tipo listo. Me reconoció y debió pensar que ayudándome puede sacar un montón de dinero. Pero sólo me ayuda a medias. Será difícil salir de este mundo. Lo que sé es que todo esto está en contra de la ley galáctica. Zlair dijo que lo denunciara para que las autoridades de la Galaxia Intervinieran. Me pregunto qué puede ser lo que pretenden.

—¿Está involucrada la Trans-Solar?

—Parece que sí —gruñó Paul—. Al menos el vigilante que nos disparó era de la Trans-Solar. Seguro que no llamó a Corpet y mucho menos a Jeremías.

—Tal vez sí llamó a Corpet. Y éste le ordenó que nos eliminase.

—O Corpet le aseguró que yo no era Paul Koren, sino un vulgar ladrón,

que Paul Koren estaba con él en aquellos instantes. El hombre le creyó y obedeció la orden de adormecernos.

—¿Para qué? ¿Para traernos a este sitio y correr el riesgo de que pudiéramos escapar y denunciarles?

—No sé. Es posible que algún día podamos contestarnos a esas preguntas. Pero ahora sospecho de Corpet.

Los camiones siguieron avanzando por el camino polvoriento. La cabina estaba cerrada y sólo una pequeña ventana al fondo permitía ver al siguiente camión que avanzaba detrás de ellos.

La pareja no sintió deseos de charlar más y ambos permanecieron en total mutismo. En la cabina del camión había más de cien personas, todas silenciosas y quietas, sentadas en los bancos colocados a lo largo. Hacía calor y el olor desprendido de los cuerpos resultaba irritante.

Dos horas después el vehículo aminoró progresivamente su marcha hasta detenerse. Estaban en una gran plaza. Había una densa multitud, tosca y sucia que era repelida de la cercanía de los camiones por piquetes de soldados uniformados de rojo y armados con pesados rifles caloríficos.

Un hombre vestido de escarlata abrió la puerta del camión de un golpe y gritó:

—Fuera todo el mundo. Abajo. ¡Vamos!

Paul y Samantha imitaron la actitud pasiva y sumisa de los hombres y mujeres aún bajo los efectos de las drogas. Sin separarse, marchando hombro con hombro, se colocaron dentro del grupo que caminó con paso cansino hacia el centro de la plaza, empujado sin miramientos por los hombres armados.

Miles de personas fueron conducidas hasta un recinto cercado. Cuando los camiones estuvieron vacíos partieron de la ciudad. Al cuidado de los drogados, apenas quedaron dos docenas de soldados. El resto, después de despejar a los curiosos, se retiraron.

Paul estudió la situación y dijo a Samantha en un susurro:

—Será fácil escapar cuando se haga de noche, pequeña. Están tan seguros que ningún infeliz de éstos puede escapar, que apenas nos vigilan. Y la cerca está en ruinas en muchos sitios.

Se tumbaron en el suelo, como hacían todos. Nadie hablaba, ignorando al que estaba al lado. Pronto iba a oscurecer. Paul miró a Samantha. La muchacha puso un gesto de sorpresa y casi exclamó:

—Estamos en Dietar, Paul. Esta es la capital del reino de Jules VI. He visto esta ciudad en los noticieros. Estamos en las afueras, cerca de los barrios más inmundos.

—¿Estás segura?

—Claro que si. Cuando supe que Mauricio venía para acá me interesé por este planeta y vi varios filmes. Incluso estudié un plano de la capital. Se llama Tarurbe. A unos tres kilómetros está el palacio del rey, ese déspota Jules VI.

—¿Sabes por dónde está el espacio-puerto? —preguntó Paul, inspeccionando por primera vez el dinero que Zlair le había dejado.

—Creo que sabría ir, aunque tenemos que atravesar unas calles tortuosas y llenas de asesinos.

Paul contó quinientos créditos. ¿Serían suficientes en Dietar para adquirir dos pasajes hasta Kution? Tal vez sí, si buscaban un carguero cuyo capitán no fuese muy exigente.

—Magnífico —respondió Paul, envolviendo el dinero en un trozo de tela. Miró desconfiado, temiendo haber sido descubierto.

Pero los centinelas no parecían preocuparse por nada de lo que sucedía dentro del recinto.

Media hora más tarde llegaron unas mujeres, viejas, cargadas de cajas. Varios soldados las acompañaban. Repartieron algunas raciones de comida y distribuyeron barricadas de agua.

Paul observó a los soldados, que se entretuvieron deambulando entre los grupos sentados que comían sin ningún interés, como si obedecieran a una necesidad básica.

—¿Qué buscan esos tipos? —preguntó Samantha, tomando la comida y dando un mordisco.

Paul los contempló y pronto pudo dar una respuesta a la muchacha, que no le gustó:

—Están eligiendo a las menos feas para distraerse con ellas esta noche. Se supone que serán sumisas compañeras. Deben prometérselas muy felices con mujeres que estén dispuestas a satisfacer todos sus deseos. Túmbate al suelo, que no te vean.

Samantha se tiró de cara a la arena, simulando dormir. El suelo estaba húmedo y cuando un soldado tiró de ella para verle el rostro, Paul contuvo una sonrisa al ver la cara sucia de la muchacha. Ella incluso torció el gesto y se mordió los labios. Su belleza había quedado anulada como por encanto. El soldado se alejó refunfuñando.

Cuando estuvieron solos, Paul, dijo:

—Has estado magnífica. Ni yo mismo pude reconocerte.

Dos horas después, todo el mundo dormía bajo el resplandor de las lunas de Dietar, pequeñas y desérticas, y de las luces que brillaban en los edificios cercanos.

—Es el momento —dijo Paul.

Seguido de Samantha se arrastró entre aquellos desdichados, sumidos en profundo sueño. Vieron a los centinelas, los pocos que quedaron, reunidos junto a una fogata. Reían y jugaban a los dados. Cerca había un cobertizo adonde habían llevado los demás a las mujeres. De allí salían gritos apagados y risas, que sonaban, en medio de las naturales producidas por la orgía, las de las mujeres, secas y forzadas, como si rieran bajo demanda. Paul pensó si al día siguiente alguna se reintegrarla con los demás desgraciados.

Una vez fuera del recinto, corrieron hasta buscar las sombras protectoras de las callejuelas adyacentes. Estaban en un lugar lleno de basuras. Paul descubrió dos camisas que en otro tiempo fueron de vivos colores y ahora estaban raídas. Entregó una a Samantha.

—En la ciudad deben saber que a menudo pasan grupos de estas gentes. Nos descubrirían por el color de nuestros trajes Ponte esto encima. Así despistaremos.

Samantha tomó la prenda y arrugó la nariz cuando se la colocó, diciendo que olía mal. Paul comprendió que tenía razón, pero no tenían otra alternativa.

Apresuradamente se alejaron de allí. El hombre tenía que dejarse guiar por la mujer y ella demostró pronto que sus conocimientos de la urbe eran bastante buenos. Entraron en unos barrios más animados, pero repletos de seres de dudosa catadura. Encontraron, muchas mujeres ofreciéndose a los transeúntes, mientras que otras, de mejor presencia, dejaban que los clientes acudiesen por sí solos. Una matrona gritaba su mercancía, jurando que sus pupilas eran las más hermosas y sanas, y que además disponía de jovencitos limpios y hábiles. De muchas casas, convertidas en tiendas de bebida y espectáculos, salían gritos y humo, producido por el tabaco.

—Jules VI puede sentirse orgulloso de su pueblo —dijo Paul, que nunca había visto tal cúmulo de miseria—. ¿Y en estos planetas es donde la Trans-Polar realiza sus grandes negocios?

Paul tuvo que apartar a una vieja que se le acercó preguntándole cuánto quería por Samantha. La arrojó de un empujón y dijo torvamente:

—Había olvidado que en Dietar la esclavitud es un estado de derecho.

—Lo peor es que los hombres libres deben llevar consigo su certificado garantizando su no estado de esclavitud —añadió Samantha.

—Debemos cambiar de indumentaria. Nos tomarán por mendigos o esclavos —masculló Paul.

Vieron una tienda abierta. En el escaparate había ropas, de burda confección, pero ideales para ellos. Paul hizo que la chica franquease la cortina.

Dentro, un viejo puso mala cara al verles entrar. Paul vio que bajaba la mano hasta el mostrador, seguramente para sentir el reconfortante contacto de una pistola.

—¿Qué queréis aquí? ¡Largaos!

—Queremos comprar unos trajes, viejo —dijo Paul.

—¿Vosotros? No me hagáis reír. ¿Es que dos mendigos van a tener dinero?

Paul enseñó el que llevaba. El desprecio del mercader dejó paso a la sorpresa primero y luego a la desconfianza.

—¿De dónde lo habéis robado?

—¿Es que estás ciego, viejo lerdo? ¿No ves a mi compañera? Ella tiene el cuerpo joven y la piel delicada aún. Ha trabajado muchísimo esta noche para reunir dinero con que pagar sus asquerosos trajes. Yo soy muy bueno buscándole clientes. Pero será mejor que compremos en otro sitio...

El viejo mercader se deshizo en excusas. No había ningún cliente en la tienda. Aquel día debió ser malo y no era oportuno rechazar una venta.

Paul y Samantha eligieron trajes, sencillos, pero que denotaban que sus propietarios no escaseaban de dinero. Se los pusieron en la trastienda. Las ropas de presos las envolvió Paul con las camisas encontradas. Preguntó al viejo cuánto le debía y éste le replicó que veinte créditos.

El terrestre puso el grito en el cielo y exclamó, que aquello era un robo. El mercader rebajó hasta dieciséis créditos y Paul, para redondear su papel de alcahuete, le propuso diez además de un servicio de la muchacha.

Se alegró cuando el viejo escupió y dijo que él no estaba ya para andar con prostitutas. En caso contrario le hubiera derribado de un puñetazo, pensó. Pagó y salieron presurosos del establecimiento.

En un rincón oscuro, Paul arrojó las ropas viejas. Cuando hubieron caminando unos pasos, se volvió y observó inquieto cómo una sombra se agachaba y tomaba el paquete, desapareciendo con él por una calle. ¿Otro más miserablemente vestido que ellos lo habían estado hasta entonces?

Decidió olvidarse de aquello. Seguramente no sería notada su falta de entre los prisioneros, pero la prudencia les aconsejaba llegar pronto al espacio-puerto. Así se lo dijo a Samantha.

—De noche es imposible entrar en él. Cierran todas las entradas. Incluso de día será difícil si no vamos acompañados por alguien que acredite nuestra personalidad, por un navegante, por ejemplo.

—Entonces iremos donde están ellos. Si esta ciudad es como todas, encontraremos navegantes en las tabernas cercanas del puerto.

Los edificios comenzaron a escasear, pero los que veían eran más nuevos, aunque no un dechado de perfección urbana. En aquel barrio las

rameras parecían más caras y los servicios multicolores. Pero la ruindad humana seguía siendo la misma, aunque su elegancia era un poco más elevada que en la zona que la pareja acababa de abandonar.

Paul se detuvo y leyó el nombre de un establecimiento de bebidas y placeres: “El Descanso del Navegante”

—Tal vez aquí encontremos lo que buscamos.

Dentro existía un ambiente bastante mejor de lo que esperaba Paul. La atmósfera no estaba demasiado enrarecida pese a que el local rebosaba de clientes. Encontraron una mesa y pidieron bebidas y algo de comer a la somnolienta camarera que se les acercó. Mientras comían con verdadero apetito, Paul se dedicaba a escrutar a los comensales. Tal como había supuesto, aquel antro era frecuentado por los navegantes espaciales. Estaban cerca del puerto, que comenzaba después de una docena de manzanas.

Paul localizó, sentados a una mesa y terminando una copiosa cena, a dos hombres. Uno era alto, corpulento, tanto como él y un poco mayor. El otro apenas era un niño. Sólo contarla dieciocho años, pero en su mirada se leía una insospechada dureza y malicia. Éste era un vulgar mecánico, mientras que el otro era ayudante de mantenimiento, lo que significaba un buen empleo en un carguero.

Por supuesto que ninguna de las naves que debían estar en aquel puerto estelar podía ser un último modelo. A Dietar, como a la mayoría de los planetas de Leis, sólo iban las que no eran aceptadas en los demás mundos de la Galaxia, compuesta por tripulaciones y capitanes que lo mismo aceptaban una carga común como un montón de esclavos.

Paul puso especial interés cuando el ayudante de mantenimiento pagó la cena. Apreció que su bolsa estaba bastante flaca. Aquello le iba a ayudar. Vio que hacían intención de levantarse, negando con la cabeza al ofrecimiento de la camarera de servirles unos licores. Paul pensó que lo rechazaban porque les faltaba dinero.

Cuando los dos pasaron por su lado, Paul se levantó y les preguntó con una sonrisa si deseaban tomar algo. Los navegadores preguntaron por qué quería Invitarles y Paul respondió que tenía algo importante que proponerles.

La camarera trajo a su solicitud una botella de aguardiente y Paul llenó hasta arriba los vasos de los dos hombres.

—Mi nombre es Lucks —dijo el mayor— y éste es Montee. ¿Qué desea de nosotros?

La voz de Lucks era desconfiada. Paul simuló no darse cuenta de las miradas intensas que el joven Montee dirigía a Samantha, y dijo a ambos:

—Deseamos información.
—¿De qué clase?
—Nos gustarla salir del planeta —dijo Paul lentamente.
Lucks cambió una rápida mirada con Montee, que a Paul no se le pasó Inadvertida.
—Yo no soy una agencia de viajes, amigo —dijo Lucks; bebió el vaso y lo volvió a llenar.
—Nos han dicho que algunos cargueros suelen aceptar pasajeros.
—Eso es cuestión del capitán, no nuestra.
—¿Sabe de algún navío que parta mañana a primera hora?
—El Estrella Azul. Es el nuestro.
—¿Y bien? —preguntó Paul, mirando a Lucks.
—Tiene mucha prisa, ¿eh...? —inquirió Lucks, forzando a borrar de sus labios una sonrisa ladina—. ¿Les persiguen los soldados de Jules VI? ¿Han conseguido escaparse del desierto? ¿O es que han podido huir del último envío?
Paul sintió deseos de decirle a Lucks que le aclarase todo aquello. Pero el hacerlo hubiera supuesto una imprudencia. El hombre comprendía que su situación era aún más extraña en Dietar. Comprendía que corría un gran riesgo confiándose a un par de desconocidos, pero no tenía otra posibilidad si querían salir de la ciudad cuanto antes. Si se demoraban demasiado podían ser descubiertos. Tal vez ya estuviesen detrás de ellos. Recordó que Zlair le dijo que a él tenía que darle un tratamiento especial, diferente a los demás. ¿Por qué?
—Hablemos solamente del viaje —dijo Paul.
Lucks se rascó la barbilla.
—Podría hablar con el capitán. ¿Tienen dinero? El les pedirá unos cuatrocientos créditos por dejarles en Kution. Pasaremos por allí antes de regresar a las Pléyades de Uirtl. Pero a mí me tendrán que dar cien por hacerles entrar en el puerto estelar.
Paul hizo un cálculo mental. Después de pagar la cena y el viaje apenas le iba a quedar unos sesenta créditos.
—Cincuenta le daré.
—Han de ser cien.
Paul suspiró y dijo:
—Solamente quedarán sesenta para usted una vez que pague a su capitán.
Lucks volvió a mirar a su joven acompañante y asintió a Paul, diciendo:
—De acuerdo. Iremos en seguida al puerto.
Paul llamó a la camarera y pagó. Notó sobre sí la mirada egoísta de los

dos navegantes al sacar el dinero. Lucks le pidió los sesenta créditos.

—Cuando estemos ante su capitán —respondió, guardándose las monedas.

—Está bien —dijo Lucks levantándose. Su compañero le imitó—. Iremos en busca de un vehículo de alquiler, que pagará usted. Nuestra nave queda bastante adentro del puerto. No se muevan de aquí.

Cuando se hubieron marchado, Samantha dijo preocupada:

—¿Confías en ellos?

Paul dijo que no y agregó:

—No me fío de nadie en esta ciudad; pero no tenemos otra oportunidad. Esperemos que no hayamos cometido un error.

Calló porque la camarera se acercó para retirar los utensilios. Estaba cerca de Paul y le susurró:

—No hagan preguntas. Cuando me retire hasta la cocina deben seguirme. Caminen con toda naturalidad, que nadie se percate de ustedes.

Samantha también lo había escuchado y Paul la vio ponerse tensa. Cuando la camarera se hubo alejado, tomó a la muchacha de la mano y la condujo por entre las mesas en pos de los pasos de la mujer que se alejaba hacia el interior del local cargada de platos y vasos.

—No van a encontrarnos ésos cuando vuelvan —advirtió Samantha.

Paul se volvió para sonreiría y darle ánimos. La camarera desapareció por una puerta pequeña y ellos la siguieron. Atravesaron un corredor oscuro. La figura de la mujer se veía avanzar a unos metros de ellos. La vieron dejar sobre una mesa la bandeja y luego abrir una entrada subterránea. La señaló y dijo nerviosa:

—Entren. Quien me ha pedido que les lleve hasta él, les espera.

Paul vaciló. La camarera señaló hacia el otro lado, del corredor. Podía verse parte del local, que ahora estaba lleno de hombres vestidos de rojo y armados; Lucks y Montee estaban con ellos.

—Vamos, hay que darse prisa. Pueden empezar a buscar por todas partes si hacen mucho caso a los navegadores.

—Son soldados de Jules VI, ¿no? —preguntó Paul, empezando a empujar a la muchacha hacia el interior de la entrada.

—¡Claro que sí! —casi gritó la mujer muy pálida—. De prisa. Tengo que volver antes que se den cuenta de mi ausencia.

Paul siguió a Samantha. Apenas hubo bajado media docena de escalones de madera, húmedos y resbaladizos, cuando escuchó cómo la puerta se cerraba sobre su cabeza. A la inicial oscuridad dio paso un vivo resplandor al encenderse una luz.

Al otro lado de ella, protegido por la pantalla, estaba un hombre, que

dijo:

—Bien venidos. Hola, Samantha.

Paul entornó los ojos deslumbrado a la vez que la muchacha lanzaba un grito.

CAPÍTULO VII

Su Majestad Jules VI, rey de Dietar, hubiera asombrado a sus súbditos si éstos le hubiesen contemplado en aquel instante. Toda su arrogancia y despotismo se habían esfumado.

Parecía un hombre humilde, temeroso de recibir reprimenda por parte del que paseaba nerviosamente por la habitación, con semblante colérico.

—Esto es inaudito —dijo el hombre, deteniéndose para mirar al rostro asustado del rey—. La situación no marcha como debiera cuando yo no estoy aquí, Jules.

—Lo siento, Corpet —se disculpó el rey—; pero mis generales y yo hacemos todo lo posible porque el trabajo marche al ritmo adecuado. Es que tus ingenieros no son eficaces...

—¡Estupideces! —dijo Corpet—. ¿Y que me dices de lo que ha sucedido apenas hace una hora en la cerca?

Por primera vez, el rostro de Jules VI mostró fiereza.

—Esos hombres serán castigados por haber dejado escapar a dos presos. Pero las patrullas ya han comenzado a rastrear toda la ciudad, no podrán ir lejos. El puerto del espacio está vigilado y...

Corpet sintió un estremecimiento gélido. Si Paul Koren y su acompañante, Samantha Kenton, sin duda, lograban huir de Dietar, todo podía considerarse perdido.

—¿Por qué te preocupas tanto por un solo hombre, Corpet? —preguntó el rey, contemporizador.

—Es un hombre peligroso, Jules. Ha venido en el grupo de trabajadores por error. Y la chica también. Debieron haberlos liquidado cuando los

llevaron al puerto secreto en Kution. Pero esos cretinos los incluyeron dentro del cargamento que salió en seguida sin esperar a recibir nuevas órdenes. Cuando lo supe ya estaban aquí, camino a la capital después de ser sacados del estado de animación suspendida. Mientras me acercaba a Dietar describí a los encargados de aquel puerto que a cierto tipo le diesen un tratamiento especial, del que nunca debía haber despertado. Pero al parecer se equivocaron y se lo dieron a otro.

—¿Y la chica?

—Esa no me importa. Me es igual que vaya con el resto al desierto a trabajar. Pero Paul Koren tenía que desaparecer de una vez por todas —masculló Corpet—. Mientras no esté muerto y sus moléculas esparcidas, no estaré tranquilo. Tan pronto como sepa que han sido encontrados marcharé al desierto, a continuar la supervisión de los trabajos que tuve que abandonar cuando me dijeron que el cretino de Paul Koren llegaba a Kurion. El muy imbécil lamentará de veras el haber abandonado su vida de placeres para ayudar a Samantha Kenton a localizar a su hermano.

Tomó la copa. Su gesto hosco desapareció y sonrió al ver las formas incitantes de las muchachas. Tuvo que reconocer que el ladino de Jules tenía buen gusto escogiendo sus esclavas. El rey adivinó sus pensamientos y dijo a las mujeres que trajeran más vino y se quedasen con ellos.

* * * *

El hombre puso la lámpara sobre una repisa adosada a la pared y dejó que la luz diese en su rostro. Pero Samantha ya sabía quién era. Con voz trémula dijo:

—Mauricio.

Y se abrazó a él, que la acogió entre sus brazos, besándola. Paul estaba vivamente sorprendido.

Samantha, no sabiendo si reír o echarse a llorar, dijo a su hermano:

—Este es Paul Koren —y contó sucintamente lo sucedido, incluyendo que estuvo a punto de matarle.

—Has sido una loca viniendo aquí, Samantha.

—La verdad es que nos trajeron —sonrió Paul.

—Eso es lo que no me explicaba aún, hasta que llegó Zlair y lo contó todo.

—¿Está aquí Zlair? —preguntó Paul.

—Sí. Llegó poco después que la caravana con los presos. Huía porque descubrió que sus jefes sospechaban que él se equivocó a propósito dejando en la base a otro hombre en lugar tuyo, Paul. Había recibido órdenes de

Corpet desde el espacio de mantenerte inconsciente hasta su llegada. Al parecer tu presencia en Dietar se ha debido a un error fenomenal.

—¿Corpet? —dijo Paul. Aunque sospechaba algo parecido, aún tenía esperanzas de que no fuese así—. ¿Entonces es Corpet quien está detrás de todo esto?

—Sí. Él, desde su puesto privilegiado, es el jefe.

—¿Pero qué significa todo esto? No comprendo nada aún.

Mauricio volvió a tomar la lámpara y señaló hacia arriba.

—Os vi en el local charlando con esos navegantes. Pensé que queríais escapar y comprendí que ésos os delatarían. Fuisteis muy tontos al creer que os iban a ayudar. Todo el mundo sabe que quien ayuda a un preso fugado del rey, corre el riesgo de ser ejecutado. Además, esos hombres debían venir del puerto, que fue el sitio donde primero han puesto vigilancia. Pero no perdamos más tiempo. Aún estamos en peligro. Pueden descubrir esta entrada.

Siguieron a Mauricio a través de un pasillo estrecho y que goteaba por todas partes. El final se abría en multitud de corredores. Mauricio de detuvo delante de un muro de piedras y apretó en un lugar. Un segmento se deslizó hacia un lado e hizo una indicación para que entrasen. Cuando la pared, a sus espaldas volvió a recobrar su posición, Mauricio dijo:

—Pronto os lo explicaré todo. Cuando mis hombres se encontraron con Zlair y éste no tuvo inconveniente en contarlo todo al saber que estaba entre los hombres libres, movilicé todas mis fuerzas para que os encontrasen. Un hombre os vio salir de esa tienda de comprar ropa. Cuando entrasteis en el local yo vine por este camino y avisé a la camarera. Apenas salisteis de adquirir los trajes, comenzó a darse la alarma por toda la ciudad y las calles empezaron a llenarse de patrullas. Creo que hemos tenido suerte.

Después de recorrer varias habitaciones, entraron en una en la que varios hombres permanecían sentados, alrededor de una mesa. Se levantaron al verlos y Paul vio entre ellos a Zlair. Era un bribón, pero le debía su vida y la de Samantha.

—¿Qué ocurrió, Zlair? —preguntó después de estrecharle la mano.

—Apenas se marcharon, cuando uno de los superiores entró y me dijo que aquel hombre no era el que Corpet había ordenado retener. Se marchó y entonces sentí miedo. Pensé que el cuerpo lo iban a incinerar pronto y me había equivocado. Escapé. Tomé un vehículo y seguí el mismo camino que había tomado la caravana de camiones con los presos. Solamente en la capital podía tener alguna posibilidad de pasar inadvertido, si no de escapar del planeta.

—¿Sólo me ayudó por dinero, Zlair?

Este gruñó y respondió:

—Y también porque estaba harto de todo aquello, Vine, como muchos, contratado por la Trans-Solar. Cuando se pusieron las cartas al descubierto fingí aceptarlo todo para evitar ser drogado o enviado a trabajar al desierto.

—Zlair tenía conocimiento de que los hombres libres trabajamos por acabar con este estado de cosas, Paul. Deambulaba por las calles con la esperanza de entrar en contacto con nosotros —explicó Mauricio, sentándose junto a la mesa.

Los demás fueron presentados por Mauricio a Paul y Samantha. Se trajeron más sillas y todos se acomodaron alrededor de los llamados hombres libres.

—Bueno —sonrió Mauricio—, he sido uno de los últimos en llegar, pero tal vez el único que estuvo a punto de escapar para denunciar todo esto. Casi estaba fuera del planeta cuando me atraparon. Me llevaban para acondicionarme y luego enviarme al desierto, cuando me deshice de mis guardianes y me escondí en esta ciudad. Entonces los hombres libres estaban poco organizados. Se limitaban a ayudar a los enemigos de Jules. Yo les hice ver que teníamos que hacer algo, intentar poner en conocimiento de las autoridades galácticas los hechos que acontecen en Dietar, promovidos por Corpet y toda la poderosa organización Trans-Solar.

—¿Pero qué es lo que pasa en este planeta? —inquirió Paul impaciente.

—Comprendo tu curiosidad —sonrió Mauricio—. Espera un poco, por favor. Quería explicarte a ti y a Samantha que acudí a la llamada de la Trans-Solar movido por el alto sueldo que ofrecía a los ingenieros urbanos. Me dijeron que había mucho que hacer en Dietar, ciudades nuevas y otras muchas cosas. Yo acepté y firmé el contrato personalmente con Corpet. Inmediatamente vine aquí y pronto lo comprendí todo. Me horroricé y pedí volver. Me ofrecieron más dinero, una fortuna si colaboraba, pero insistí en regresar. Fue un error. Comprendieron que yo pretendía denunciarles. Entonces fue cuando me escapé. Así llevo muchos meses, convertido en jefe de los hombres libres de Dietar, los que no están dispuestos a sacrificarse.

—No entiendo...

—Sí, he dicho sacrificarse. Aguarda un poco más, por favor. La Trans-Solar está reclutando a miles de técnicos del Universo para venir a trabajar aquí. En realidad, es mentira. Con contratos falsos. Una vez en Dietar son convertidos en autómatas, en esclavos. Pero también desean mano de obra no especializada, que es importada de varios mundos de Leis. Unas veces

son comprados los esclavos a los reyezuelos y otras veces son secuestrados campesinos de regiones poco vigiladas. Por eso vienen tantas naves a Dietar. Traen material y hombres y mujeres en estado de animación suspendida. Incluso de Kution salen naves con estos obreros forzados.

—¿Pero para qué se precisa toda esa gente?

Los demás compañeros de Mauricio miraron a su jefe y luego a Paul y Samantha. Uno de ellos, pequeño, pero vigoroso de aspecto, respondió:

—Para adueñarse de todo el conjunto de mundos Leis.

* * * *

La respuesta sorprendió a Paul al principio, pero luego, al meditarla, sintió deseos de reír.

—Es absurdo. ¿Acaso el rey Jules VI está preparando un gran ejército dispuesto a conquistar más de veinte mundos poblados?

—Sí, es cierto que un formidable ejército se está poniendo a punto. La Trans-Solar ha comprado en distintos planetas de la Galaxia, para no despertar sospechas, cientos de naves muy potentes que ya están prácticamente equipadas para la guerra. Ningún reino de Leis dispone de suficiente fuerza para oponerle resistencia. Ni todos juntos, incluso, serian capaces de enfrentarse a la armada espacial de Jules VI. En realidad, el pueblo de Dietar nada sabe de esto. Todo se desarrolla en el máximo secreto. La gente supone que su rey está construyendo una ciudad nueva para su recreo en el desierto, una especie de locura. Lo sabrá cuando la guerra sea declarada al resto de Leis, Y la Galaxia no podrá intervenir porque es meramente un asunto interno..., mientras no se demuestre que súbditos galácticos están siendo utilizados como esclavos. Sólo entonces, con este motivo, podrán las flotas de la Galaxia destronar al rey y condenarle por sus delitos. Pero esto no se sabrá hasta que sea demasiado tarde. O nunca.

La explicación de Mauricio no dejó plenamente convencido a Paul.

—No puedo creer en esto —dijo—. Aunque sean escasas las fuerzas de los demás reinos de Leis, Jules VI necesitaría miles de naves para proteger su planeta. Cualquier navío contrario podría acercarse hasta éste y bombardearlo con proyectiles capaces de destruir sus continentes.

Paul observó los rostros serios de aquellos hombres. El más sombrío era el de Mauricio, quien replicó:

—Ningún rey de Leis ordenará que sus naves bombardeen con proyectiles atómicos Dietar. Antes preferirán huir con sus riquezas y entregar sus reinos a Dietar.

—¿Cómo...? —empezó a decir Paul cuando un hombre entró violentamente en la estancia y gritó:

—¡Los soldados han descubierto el pasadizo! Tenemos que huir hasta el escondite principal.

Mauricio se levantó tranquilamente. Parecía conservar la calma total cuando anunció:

—Ya conocéis las reglas del juego, compañeros. No participarán Zlair, Paul Koren ni mi hermana. ¿De acuerdo? —miró su reloj y añadió—: Necesitamos diez minutos al menos para llegar hasta la lancha y trasladarnos a lugar seguro. Nunca me gustó mucho este sitio.

Paul asistió en silencio a un extraño sorteo. Mauricio sacó un bolso que al agitarlo sonaron ruidos metálicos. Cada uno de los hombres libres sacó una bola blanca de metal, hasta que hubo quien la extrajo de color rojo. La hizo saltar con una sonrisa sobre la palma de su mano y la devolvió a la bolsa.

—Adiós, compañeros. Suerte a todos.

Y se volvió para salir de la habitación después de tomar una caja de hierro y un pesado fusil calorífico.

Paul miró al grupo, esperando que le aclarasen qué estaba pasando allí. Pero Mauricio dijo:

—No perdamos tiempo. Es posible que Ydalan pueda reunirse más tarde con nosotros.

Salieron por una puerta contraria a la que había usado el hombre de la bolita roja. Después de caminar por un pasillo estrecho y maloliente, llegaron hasta las cloacas de la ciudad. Sobre las aguas sucias y espesas había una lancha con un pequeño propulsor. Se acomodaron todos en ella y Mauricio puso en marcha el aparato. Mientras la lancha se deslizaba por el túnel que alumbraba una luz situada en la proa, el jefe de los hombres libres de Dietar explicó a Paul:

—A veces los refugios no son seguros y cuando hay que huir, sorteamos entre todos quién ha de quedarse para salvar la huida del resto. Ese sitio nunca me gustó. Me pregunto si habrán descubierto que la camarera es de los nuestros.

—¿Qué le pasará si es así? —preguntó Paul.

—Ella sabía a lo que se exponía. Irá al desierto si algún soldado de Jules no se enfada lo suficiente para dispararle una descarga. Pero somos muchos los que sabemos los planes de Corpet y el rey y solemos encontrar ayuda en todas partes. El mercader que os vendió los trajes es un fiel colaborador nuestro.

—¿Qué haremos ahora?

—Mientras os esperábamos, recibimos un aviso de nuestro escondite principal. Aseguran que allí nos esperan buenas noticias.

—Ojalá sea así —masculló un hombre.

—Toda organización subversiva ha de tener un plan. ¿Cuál es el vuestro? —preguntó Paul.

—Muy sencillo —masculló Mauricio—. Salir de este planeta. Algo que parece sencillo, pero que es imposible.

Paul se volvió a mirar a Zlair. Mauricio comprendió aquella mirada y explicó:

—Zlair no conoce a fondo la situación. Debió pensar de verdad que vosotros podíais haberlo logrado, tal vez creyendo que por ser tú Paul Koren se te iban a abrir las puertas del puerto del espacio, recordando que estas zonas suelen ser neutrales en todos los planetas. Pero Zlair ha olvidado que estamos en Dietar y no en un planeta de la Galaxia.

Callaron todos un instante, hasta que Paul volvió a insistir:

—¿Por qué está el rey Jules seguro que su planeta no será atacado cuando él declare la guerra?

—¿Golpearías tú a alguien que estuviera dándote puntapiés y tuviera una antorcha en la mano si ambos estuvierais sobre un charco de líquido inflamable? —preguntó a su vez Mauricio.

Paul comprendería el significado de aquella metáfora muy pronto.

CAPÍTULO VIII

Amanecía. La luz verde y poderosa de la estrella de Dietar penetró por el ventanal. Jules VI despertó antes que Corpet. Miró al terrestre, derrumbado medio desnudo en el suelo, sobre un montón de suaves cojines. Hacía rato que se habían retirado las esclavas y acudido el chambelán mayor a preguntar si Su Majestad deseaba algo. Además, trajo noticias no muy agradables.

Había pedido café negro y fuerte. Cuando se lo trajo otra esclava, Corpet ya daba señales de despertar. Una vez solos, Jules se acercó a él llevando una humeante taza en una mano y en la otra unas pastillas de varios colores.

—Bebe, amigo —dijo solicito—. Te sentará bien.

Corpet parpadeó varias veces. Cogió las pastillas y se llevó varias a la boca. En seguida bebió un largo trago de café. Entró en el enorme cuarto de baño del soberano y salió reconfortado por una ducha. Su aspecto era placentero y aquello agradó a Jules, que se atrevió a preguntarle:

—¿Podrías darme tu opinión, Corpet? He estado pensando si cuando llegue a convertirme en emperador de todo Leis deberé llamarme Jules I. ¿Qué te parece?

—Puedes llamarte como desees, cretino —gruñó el terrestre—. Todavía no se me ha quitado el dolor de cabeza. ¿Qué noticias hay?

—¿Noticias? ¿Qué clase de noticias?

—No seas ridículo. Sabes perfectamente a qué me refiero.

—El chambelán me ha dicho que anoche unos navegantes estuvieron con un hombre y una mujer que querían salir del planeta. Sospecharon que

eran fugitivos y los denunciaron a los soldados. Pero cuando llegaron al local habían desaparecido —Jules frunció el ceño—. Más tarde descubrieron un pasadizo por el que debieron huir. Pero al entrar en él les salió uno de esos hombres libres. Disparó contra ellos durante largo rato. Cuando se le agotaron las cargas de su arma hizo estallar un artefacto que derrumbó las galerías. Se perdió el rastro.

Corpet soltó una imprecación.

—Eso quiere decir que si eran Paul y Samantha, los hombres libres están en contacto con ellos. La situación se complica, Jules. Me parece que va a ser difícil que llegues a emperador. Incluso veo precaria tu real corona.

—Oh, vamos, Corpet. Todos mis ejércitos están rastreando la ciudad. Esta vez no escaparán. Todos los barrios están acordonados. Hacía tiempo que quería dar una seria batida contra esos locos hombres libres, y ésta es una buena ocasión.

Corpet cayó sobre un sillón y solicitó más pastillas. El vino de Dietar siempre le daba una tremenda resaca. Después de ingerir más pastillas, dijo:

—Ordena que vigilen los puertos del espacio.

—Siempre se han vigilado. Nunca escapó nadie. El último que lo intentó en serio fue ese ingeniero de Kution.

—Sí, el hermano de Samantha Kenton, que nos está dando muchos quebraderos de cabeza. Por su causa, todo se ha embrollado. ¿Te dije que Paul Koren estuvo en nuestras oficinas porque un cerdo llamado Jhonan le dijo que existían unos registros que denunciaban que Mauricio Kenton sí fue contratado por la Trans-Solar? Por suerte, el jefe de los vigilantes no le hizo caso cuando lo atrapó, no creyó que él era el dueño de la compañía. Envié a unos hombres de confianza por la pareja, que ya estaban inconscientes. Pero luego tuvo que suceder el lamentable error.

Corpet calló. El hablar tanto le había fatigado, pero también aliviado. Con marcado esfuerzo añadió:

—Al día siguiente me dijeron que fue Jhonan quien llevó a Paul al edificio. Cuando salió de su trabajo, Jhonan sufrió un accidente; su aéreo cayó al lago de le ciudad. El muy condenado salió con vida y...

Corpet se levantó y se acercó a Jules, remarcando:

—Tienes que encontrar cuanto antes a Paul y a la chica, ¿te enteras? ¡Inmediatamente! ¡Hoy mismo! A lo más, esta noche. Quiero ver con mis propios ojos cómo su cuerpo es transformado en cenizas para estar seguro que nunca más nos volverá a molestar.

—Seguro, Corpet, seguro. Tranquilízate. ¿Qué ha pasado con Jhonan? ¿Habéis acabado con él de una vez?

—Aún no. No se ha presentado la ocasión. Cuando lo sacaron del lago fue en busca de Jeremías Ertei. Lo encontró y... ¿Sabes dónde está ahora Jeremías Ertei? ¿No? Pues supongo, sin duda alguna que debe estar...

* * * *

—La nave anunció su llegada anoche —dijo el hom bre a Mauricio y Paul—. Apenas hace dos horas, cuan do amanecía, se posó en el puerto de esta ciudad. El de la Trans-Solar y en ella llega un importante ejecutivo, un secretario personal o algo así de usted, Paul. Me han dicho que el nombre de la nave es "Polem". Y el hombre, muy importante, es Jeremías Ertei. ¿Le dice algo, señor Koren?

Pero fue Mauricio quien respondió:

—Desde luego. Jeremías Ertei es, después de Paul Koren, la principal figura de los negocios Koren. Está por encima de Corpet en la Trans-Solar.

Paul sintió una viva alegría por la noticia.

—¿Qué puede hacer Jeremías en Dietar? ¿Acaso ha presentido que yo pudiera estar aquí? —preguntó.

El hombre que les había dado la noticia apenas llegaron al escondite de los hombres libres, dijo:

—Uno de los nuestros está en la torre de control Me dijo que la "Polem" es su nave particular, señor Koren. También me facilitó una lista de los tripulantes que vienen y de los dos pasajeros.

—¿Dos pasajeros? —Paul arqueó una ceja—. ¿Quién es el otro?

—Se llama Jhonan.

—¿Está Jhonan en Dietar? —preguntó alborozada Samantha, acercándose al grupo—. Me alegro que esté con vida.

Paul dijo pensativo:

—Ha debido ponerse en contacto con Jeremías. Es posible que todo se haya descubierto al fin, amigos. Corpet ha debido huir. Esto no está tan malo.

Mauricio negó con la cabeza.

—Te equivocas, Paul. Corpet está en la ciudad, en el palacio del rey, concretamente. En realidad, es él quien gobierna. Jules es sólo un hombre de paja.

—Buscaremos la forma de llegar hasta la nave para ver a Jeremías. Desde allí podemos comunicar a la Tierra lo que sucede. Aunque nos atrapen después, diez mil naves de la Galaxia estarán rodeando Dietar antes de doce días.

—Muy bonito. Pero no me seduce ganar la guerra después de muerto

—sonrió Mauricio—. Pensemos cal mosamente lo que debemos hacer.

Se alejaron del pequeño muelle en donde estaba amarrada la lancha. El pequeño lago dentro de la gran gruta relucía bajo las luces artificiales. Paul admiró las instalaciones de los hombres libres de Dietar.

—Esto fue hace muchos siglos escondite de piratas del espacio, antes que se formara el reino. Su existen cia fue olvidada hasta que los fugitivos de Jules la en contraron. Antes era un estercolero, pero ahora tene rnos energía, cocinas, dormitorios, talleres para cons truir y reparar armas y otras muchas cosas imprescindibles. El lugar es muy bueno porque está comuni cado secretamente con el sistema de cloacas de la ciu dad. Incluso existe un río subterráneo que pasa por otras ciudades. Creo que esto es lo que hasta la fecha ha impedido a los sicarios de Jules acabar con nuestra resistencia.

En el despacho de Mauricio les esperaba una copiosa, comida. Paul, Samantha y Zlair tenían hambre y sed y dieron buena cuenta de las viandas y el vino dulzón de la región. Después de encender un largo cigarro, Paul preguntó al líder de los resistentes:

—¿Puedes ahora terminar de contarme, mejor dicho de explicarme tus extrañas palabras acerca de puñe tazos, antorcha y líquido inflamable?

Paul notó que sus palabras hicieron desaparecer las medias sonrisas de todos, trocándola por gestos agrios. Mauricio apoyó los codos sobre la mesa y dijo:

—Es muy sencillo, en realidad. Mortalmente sen cillo. Jules fue convencido hace varios años por Corpet para que consintiera aliarse con él a fin de llevar a cabo un atrevido plan. Corpet dispone de todo el poder financiero de las empresas Koren que respaldan finan cieramente la Trans-Solar en la Galaxia. Gracias a ella ha comprado material por miles de millones de crédi tos. Todos sus fabulosos trabajos en Leis son mentiras totales. La compañía está hipotecada hasta los huesos y debe a todo el mundo. Hasta ahora los centros bancarios del Universo se han contentado con los réditos que obtiene Corpet solicitando nuevos préstamos en nombre de la Trans-Solar a otras bancas. Así acalla a los acreedores.

Paul no pudo evitar sentir un terrible sudor frío.

—Ese tipo... Será capaz de arrastrar a la quiebra a la Trans-Solar y a la mayor parte de mis empresas —masculló.

—Desde luego. El fraude no tardará en ser descu bierto, pero para entonces ya todo estará a punto y Corpet podrá quitarse la máscara. Jules habrá declarado la guerra al resto de Leis, y los acreedores de la Trans-Solar se echarán sobre las empresas Koren como lobos hambrientos. Lo más seguro es que apenas puedas sal var una parte de tu fortuna, Koren.

—Sigue —pidió Paul, muy serio y pálido.

—Tenías razón cuando dijiste que un solo planeta no puede luchar en veinte frentes, a la vez que defiende su propio territorio. Pero Jules, al mismo tiempo que declara la guerra, advertirá a Leis que si bombardean Dietar, todos los sistemas solares de Leis saltarán en el espacio.

—¿Cómo es posible?

—Muy sencillo. Dietar es fabulosamente rico en uranio. Durante varios años se ha trabajado en su suelo, hasta alcanzar la más importante veta, situada a unos quinientos kilómetros de su superficie. Allí el uranio ha sido transformado, millones de toneladas, en U-235. Y junto a él se le ha colocado un detonador que fun cionará a la menor vibración atómica que sufra el planeta. La explosión será terrorífica. Se producirá la reacción en cadena y todas las estrellas de Leis estalla rán en novas sucesivas. Desde Kution se observará un espectáculo nunca visto, gigantesco. Una docena de es trellas y más de cincuenta planetas fundiéndose en la hoguera atómica más grandiosa que nunca haya ocurri do en el Universo.

—¿Será capaz de morir Jules con su planeta?

—Esto no sucederá. Junto al ultimátum a los planetas de Leis se advertirá de las consecuencias, si atacan Dietar. Deberán rendirse y reconocer a Jules como emperador de Leis. Corpet será en verdad quien gobierne, quien explote las hasta ahora dormidas riquezas de Leis y desde aquí domine el comercio energético de la Galaxia, es decir, impondrá su ley. Mientras, tú, Paul, irás a parar a la cárcel, si no eres capaz de cubrir las deudas que Corpet ha contraído en tu nombre. ¿Cómo es posible que le hubieras dado a ese tipo tanto poder?

Paul suspiró:

—Estaba loco. Hasta que conocí a tu hermana era un imbécil o algo peor. ¿Pero creerán los reyes de Leis que es cierto lo que Jules advierte, o pensarán que se trata de un farol?

—Uno de los pequeños satélites de Dietar ha sido preparado para hacer una demostración. En él se ha colocado una cantidad proporcional de U-235, como la que se está terminando de enriquecer en el centro de Dietar. Un proyectil atómico será lanzado contra el satélite y todo el mundo podrá comprobar que sólo es una miniaturización de Dietar. No podrá encender la reacción en cadena, pero sí convencer a los incrédulos, que Jules no fanfarronea.

—¿Y esos trabajos en el subsuelo de Dietar están concluidos?

—Apenas bastarán unos días. Ahora se está ultimando las conexiones a lo largo de los quinientos kilómetros de profundidad. Por todo esto, no debemos perder tiempo. Si las cosas van mal para Jules, él podrá huir antes

de que todo salte. Si triunfa, como todos tememos, la vida de Leis se hará insoportable, debido a la tiranía que se incrementará entonces y que ahora ya es atroz.

Después de un largo y penoso silencio, Paul dijo:

—Tenemos que impedir esta locura. Y la única forma es llegando hasta mi nave "Polem”. Jeremías nos ayudará.

CAPÍTULO IX

Los habitantes de la ciudad estaban acostumbrados al despliegue de fuerzas del rey, a su patrullar constante por las calles. Pero aquel día la actividad era mayor que nunca.

En uno de los populosos barrios cercanos al puerto espacial, un vehículo blindado del ejército de Jules VI, con su dotación reglamentaria de soldados, estaba detenido en una calle adyacente a una avenida.

Los soldados permanecían quietos y callados, expectantes. Uno de ellos tomó la mano del que tenía a su lado, de aspecto increíblemente juvenil y delicadas facciones que el casco de acero no lograba endurecer. Se la apretó y retornó su atención a la cercana avenida

El conductor hizo una señal. Tenía un auricular pegado al oído y parecía haber recibido una orden. Segundos después empezó a cruzar delante de ellos un convoy de vehículos blindados similares al suyo. Marchaban separados unos de otros a más de veinte metros.

Súbitamente un destartalado camión cruzó la avenida y se detuvo. Se escucharon chirriar de frenos en los vehículos que llegaban y algunas voces imprecando al conductor del camión.

El soldado que lucía las insignias de capitán tocó en el hombro a su conductor y éste puso el vehículo en marcha. Raudamente se introdujo en la avenida, cuando los blindados que ya habían pasado hubieron desaparecido al final de la avenida.

El camión que interceptaba el paso de los demás blindados fue arremetido violentamente por el que salió de la estrecha calle. El capitán se incorporó y esperó al conductor del vehículo civil, que salió renqueante de

la cabina y humildemente se excusó diciendo que se le había parado el motor.

Luego, el capitán hizo un enérgico ademán con el brazo a los blindados detenidos para que le siguieran. El conductor del camión recibió al paso de la columna escupitajos y maldiciones de los soldados. Lo resistió todo estoicamente. Pero cuando estuvo solo, observado por miradas compasivas y burlonas, emitió una sonrisa de satisfacción y deseó suerte al vehículo que había destrozado su camión. Luego se alejó apresuradamente. Si llegaba una patrulla a pie podía ser detenido.

Paul miró hacia atrás, satisfecho porque el resto de la columna se hubiera unido a su blindado sin poner objeción. Tocó el hombro de Mauricio, que llevaba el uniforme de capitán y le apremió:

—Démonos prisa; ya tenemos lo que necesitábamos.

El conductor también se había vuelto ligeramente y sonrió de forma abierta, asegurando:

—Todo saldrá bien. Cuando el comandante de la columna se dé cuenta que le faltan la mitad de sus efectivos, nosotros ya estaremos dentro.

Minutos después, se detenían delante de una de las entradas del puerto espacial. Los vehículos se detuvieron y Mauricio esperó tranquilamente a que el oficial de guardia se acercase. Era un joven teniente que intentaba dar un aspecto severo a su rostro, gracias a una barba ridícula.

—¿Qué desea, capitán? —preguntó.

—Tenemos un servicio que cumplir ahí dentro, teniente. Ordene que se nos abra la puerta.

El teniente titubeó.

—Nadie me había dicho que ustedes iban a entrar. No es normal. Ya conoce las leyes de los puertos espaciales. ..

—Claro que las conozco —contestó Mauricio violentamente—. Hasta en Dietar respetamos las disposiciones galácticas que impiden a las fuerzas armadas locales a entrar. Yo también lo pensé cuando recibí las órdenes del general. Tuve la insolencia de recordárselo y a punto estuve de buscarme un lío.

El teniente empezó a comportarse de forma embarazosa.

—Me alegraré mucho si usted nos impide el paso apelando a los acuerdos galácticos. Llame al general —dijo Paul—, Ya advertí al capitán que íbamos a precisar incluso una orden del rey, si nos encontrábamos con un oficial tan obstinado como él.

—Sí, teniente —suspiró Mauricio, Gruñó y añadió—: Hágalo si lo desea. Sólo puede ocurrir que haga volver al general a su sano juicio y terminar los dos en un pelotón de castigo.

Mientras hablaba Mauricio, Paul se levantó un poco e intentó descubrir en el recinto espacial su nave "Polem". Casi gritó de alegría al verla a unos metros de ellos, anclada sobre una base especial de cemento y acero, en un lugar de privilegio.

El teniente hizo una indicación a sus soldados para que abriesen la puerta y contestó al capitán:

—Ojalá no ocurra nada, capitán. Ya tenemos la jornada bastante complicada. ¿Es que piensan encontrar a los fugitivos ahí dentro? Le aseguro que por aquí no han pasado.

—Le diré a la vuelta lo que buscaba, teniente —sonrió Mauricio mientras el vehículo arrancaba.

—¿Qué haremos ahora con el resto de la columna? —preguntó Paul al falso capitán.

—Le diremos que den una vuelta y nos esperen en esa entrada —rezongó Mauricio—. Si tenemos suerte, cuando se den cuenta del engaño será porque la "Polem" habrá abandonado el planeta sin permiso de partida.

Uno de los hombres llamó la atención de todos. Se volvieron y vieron cómo señalaba la entrada que quedaba atrás. Varios blindados acababan de detenerse delante de ella y algunos soldados bajaban gesticulantes, señalándolos.

—Ya tenemos al jefe que perdió la mitad de sus tropas —masculló Mauricio. Sonrió—, Se van a llevar una sorpresa que les durará lo bastante para permitirnos alcanzar la "Polem" sin contratiempos.

Tomó el micrófono y conectó con los demás blindados que le seguían. A cada oficial de unidad dijo:

—Estamos cumpliendo una misión especial de Su Majestad, soldados de Dietar. Nos siguen rebeldes disfrazados de soldados. Pretenden apoderarse del puerto y nuestro deber es impedirlo.

Luego ordenó que los blindados se desplegasen y abriesen fuego contra las unidades rebeldes que iban a pretender entrar en el recinto, añadiendo:

—Resistan hasta que lleguen los refuerzos. Nosotros iremos a eliminar a los rebeldes que ya consiguieron infiltrarse para llevar a cabo sus actos de sabotaje.

Los suboficiales de los blindados no dudaron de la veracidad de las palabras de Mauricio y sus vehículos maniobraron para cercar la entrada. Cuando las primeras unidades empezaban a penetrar, abrieron fuego.

—Acelera —pidió Mauricio al conductor.

—A la derecha está el "Polem" —indicó Paul indicándolo por encima del hombro del hombre que estaba a los mandos.

Dejando atrás la lucha, el blindado cruzó las pistas del puerto,

sorteando las naves ancladas en sus emplazamientos y pasando por entre los sorprendidos navegantes y estibadores.

Llegaron hasta la base de la “Polem”, que vieron desierta. Bajaron del blindado y corrieron hasta el ascensor colocado al lado del navío. Paul, Samantha, Mauricio, Zlair y los otros seis hombres libres entraron y el primero oprimió el botón de puesta en marcha.

Cuando la cabina se detuvo delante de la cerrada puerta de la nave, Paul temió que no hubiese nadie dentro, que algo anormal hubiera ocurrido.

—Pueden haberse marchado a la ciudad —sugirió Zlair.

—¿Todos? Siempre quedan algunos tripulantes de guardia —respondió Paul, intentando recordar el código de la puerta.

Tuvo suerte y ésta se abrió pronto, pillándole casi de sorpresa. Las luces se encendieron automáticas en la cabina estanca. La otra puerta permanecía cerrada y sólo se abriría cuando la externa se hubiera cerrado. A través de la mirilla del ascensor, Mauricio echó un vistazo al exterior, viendo que la lucha continuaba cerca de la entrada del puerto, aunque los defensores parecían ceder terreno.

Cruzaron la estancia estanca y penetraron en una sala pequeña, llena de trajes espaciales. Al fondo se veía la entrada de un elevador de ingravidez.

—Eso conduce directamente al puente de mandos —explicó Paul—. Partiremos en seguida. Sólo necesito que un par de vosotros os encarguéis del control de la pila atómica.

—¿Nada más? —preguntó extrañado Mauricio.

—Será suficiente. Este navío está preparado para ser manejado por tres personas. E incluso por dos. Mi tripulación sólo se compone de seis miembros. Me pregunto qué será de ella. Me duele tenerla que dejar en este planeta.

Mientras dos hombres bajaban por una rampa a la parte inferior de la nave, Paul y los demás se introdujeron en el ascensor y llegaron en unos segundos hasta el puente de mando.

Se instalaron en los sillones y Paul conectó una gran pantalla que les mostró una panorámica del puerto. Vieron que los soldados engañados habían sido ya reducidos y docenas de blindados entraban en el recinto, dirigiéndose hacia la “Polem”.

Paul escuchó que Samantha le susurraba:

—Me siento emocionada cada vez que frecuento tu nave, querido. ¿Solías traer aquí tus conquistas femeninas?

El hombre se maravilló del estado de ánimo de ella. Replicó:

—Solamente a las mujeres-dragón de Illioth, ya que en caída libre es la única forma de poder hacer el amor con ellas —bromeó Paul.

—Dejaos de bobadas, pareja —espetó Mauricio—. ¿Cuánto tardarás en poner en marcha este aparato?

—Te asombrarás, amigo —tomó el micrófono y dijo a los dos hombres que estaban en los niveles bajos—: Sentaos en los sillones. Vamos a despegar.

Paul colocó un cilindro en el computador y pulsó un montón de botones. Se alegraba ahora de saber pilotar su nave. Era algo que había aprendido para deslumbrar a las chicas, aunque generalmente era el piloto quien se encargaba del trabajo.

De no estar tan automatizada la nave difícilmente hubieran podido salir del campo sin la ayuda de la torre de control. La "Polem” se elevó en medio de un rugido, haciendo retroceder a los blindados que se acercaban. Paul pensó que seguramente algún vehículo debió quedar achicharrado.

Cuando hubieron alcanzado suficiente altura, situó la nave en órbita sobre Dietar para prepararse para el salto hasta Kution. Paul seleccionó un nuevo cilindro. Sacó el anterior del ordenador para cambiarlo, cuando escucharon dos secos estampidos.

—Ha sido abajo —dijo Mauricio—. Son disparos de un incinerador.

Todos se precipitaron hacia abajo, cruzando el largo de la nave. La puerta de la cámara atómica estaba entreabierta y la franquearon de forma atropellada.

Aquella estancia era amplia, ocupando todo el espacio que permitía la parte de mayor diámetro de la nave. Al fondo, relucía tras la pantalla de sílice y plomo la pila atómica. Pero lo que vieron fueron los cuerpos de sus compañeros carbonizados, cerca de los mandos que habían estado utilizando, después del despegue. Junto a ellos, Corpet sostenía un arma. A su lado estaba Jules VI, que miró a los recién llegados desconfiadamente.

Pero lo que contuvo al grupo de usar su armamento fue darse cuenta que Corpet apuntaba con su pistola a Jeremías Ertei.

—Pasen todos —indicó Corpet—. Y tiren sus armas, si no quieren ver calcinado a Ertei.

Paul observó la duda entre sus compañeros. Aunque actuasen en contra de Corpet, éste podía llevarse a muchos de ellos por delante, ya que tenía la ventaja de tener amartillada su pistola. No solamente era la vida de Jeremías la que corría peligro, sino la suya propia.

—Será mejor que le obedezcamos —dijo, dejando caer su pistola al suelo.

Los demás le imitaron a regañadientes.

—No sabía que apreciaras tanto a Jeremías Ertei, Paul —dijo Mauricio.

—No lo hago por él, sino por nosotros. Corpet tiene su pistola activada

al máximo. De un solo disparo hubiera podido barrernos.

A la explicación de Paul, Ertei puso un gesto exageradamente disgustado.

—Me decepcionas —dijo—. Creí que me tenías mayor consideración.

Entonces Jeremías avanzó hasta la pila de armas y las apartó del grupo de un puntapié. Todos, excepto Paul, pusieron gesto de asombro ante aquello.

—No se extrañen, amigos —rezongó Paul—. Ha sido una escena teatral lo que han preparado para asegurarse que no atacásemos.

—¿Quiere decir que... ? —empezó Mauricio.

Paul asintió.

—Sí. Jeremías Ertei es el cerebro de la organización.

* * * *

—Te felicito, Paul —dijo Ertei, sacando un arma de entre los pliegues de su túnica escarlata—. Por la expresión de tus amigos deduzco que sólo tú lo sabías. ¿Cómo es que no se lo contaste?

—Ellos pensaban que sólo era Corpet quien me traicionaba, pero empecé a meditar y llegué a la conclusión que un tipo así, no podía mover las hilos necesarios para, a costa de mis empresas, sufragar los cuantiosos gastos invertidos en Dietar. ¿Quién era si no Ertei quien constantemente me molestaba en medio de mis fiestas para que le firmase papeles que yo nunca leía? En la Galaxia todo el mundo sabe que es mi hombre de confianza, el único capaz de pedir fabulosos préstamos en mi nombre. Corpet era el ejecutor, Jules VI la marioneta precisa y Ertei la eminencia gris.

—Tu acierto ha sido pleno —sonrió Ertei.

—¿Puedes explicarme ahora cómo es que estáis ahora aquí?

—Nos reunimos para determinar ciertos puntos cuando llegasteis. Nos escondimos y tuvimos que apresurarnos para encontrar acomodo para la partida. Luego bajamos y eliminamos a éstos, pensando que vosotros vendríais a ver qué pasaba. Yo dije a Corpet que simuláramos que ellos me tenían prisionero para así reduciros mejor.

—Nos informaron que Jhonan venía contigo, cochino traidor —escupió Paul.

—Jhonan —asintió Ertei—. Ese tipo nos dio muchos quebraderos de cabeza. Fue a mí para contármelo todo y fingí hacerle caso. Se lo dije a Corpet y él dispuso, antes de salir para acá al enterarse del error que cometieron con Paul y Samantha, que su vehículo sufriese un accidente. Pero Jhonan salió ileso y volvió a buscarme. Me aseguró que vosotros

habíais sido asediados, pero que en Dietar estaba la respuesta al misterio. Así que tomé la nave y le invité a venir. Apenas aterrizamos, cuando di permiso a la tripulación, y con la ayuda de Corpet y Jules lo metimos ahí dentro.

Ertei señaló la pila atómica y Paul sintió deseos de saltar sobre él y estrangularlo con sus propias manos. Escuchó cómo Samantha exhalaba un gemido de dolor ante la noticia de la muerte de su amigo.

—Efectivamente, Paul Koren, me valí de los poderes que me habías otorgado para mover tus empresas en mi provecho. Lamento decirte que actualmente están en quiebra todas, hipotecadas hasta los cimientos. Pero no debes preocuparte. Si no hubieras intervenido para ayudar a Samantha a hallar a su hermano, tal vez, cuando hubieras pagado a tus acreedores, te habría quedado algo después de venderlas todas. Pero ya no es posible. Tengo que matarte, a la bella chica y a los demás. Lo que me satisface es que me hayáis traído a Mauricio Kenton, el cabecilla de los rebeldes. Me habéis hecho un gran favor.

—No te saldrás con la tuya.

—¿No? ¿Por qué no? —preguntó Ertei, arqueando divertido una ceja.

—La Galaxia desbaratará tus planes. Serás castigado por prácticas de esclavitud en mundos galácticos y otros delitos más.

—No me hagas reír. Después de acabar con ustedes, sólo tenemos que insertar un cilindro de aterrizaje en el ordenador para regresar al puerto espacial. Nadie se enterará de nada. Cuando ocurra la guerra, que terminará con nuestra victoria, todo el mundo estará demasiado preocupado por lo que pasa en Leis para pensar que un estúpido millonario arruinado ha desaparecido. Se pensará que te suicidaste al quedar en la ruina.

Paul miró apenado los dos cuerpos carbonizados. Pronto, si no sucedía algo extraordinario, ellos estarían igual. ¿O pensaba Ertei meterlos vivos en la pila atómica como hiciera con Jhonan?

Como sí estuviera leyendo sus pensamientos, Ertei dijo:

—Jules me estuvo diciendo que nunca había visto lo que le pasa a un ser humano cuando es arrojado al vacío..., sin traje espacial. Puedo hacerle una pequeña demostración. Me gusta complacer al futuro emperador de Leis —miró a Zlair y su dureza se acentuó—. El primero en salir será ese traidor. Estoy cansado de tener gente estúpida entre mis hombres.

Zlair salió del grupo y se acercó a Ertei. Estaba demudado y agitaba los brazos nerviosamente. Todos comprendieron que iba a suplicar por su vida y sintieron desprecio por él. ¿Cómo es que no había comprendido que llorar ante Ertei no iba a significar salvar su vida?

—No es cierto, señor Ertei. Yo trabajaba fielmente para ustedes. Todo

ha sido un error —gimoteó—. Si escapé fue porque tuve miedo. Yo le prometo que...

Paul sospechó que Zlair podía estar intentando acercarse lo bastante a Ertei para intentar desarmarle. Dijo irónicamente:

—Usted es un iluso, Jules, si cree que una vez que sus aliados hayan conseguido nombrarle emperador de Leis le sigan prestando su colaboración. Entonces se desharán de usted. No ha sido otra cosa que una marioneta en sus manos.

—No intente desunirnos ahora, Paul —intervino Corpet—. Jules sabe perfectamente que habrá poder y riquezas para todos. Cada cual gozará de lo que le interesa. Jules tendrá súbditos, millones, a los que gobernar. Y nosotros un vasto imperio que explotar y con el cual ir dominando lentamente los sistemas planetarios vecinos, hasta que una gran parte de la Galaxia caiga en nuestro poder, gracias al monopolio energético que pronto tendremos.

Momentáneamente la atención de los dos hombres y del rey huyó de Zlair, circunstancia que aprovechó éste y se levantó de un salto del suelo. Pero no fue lo bastante rápido y las dos pistolas tronaron, convirtiendo su cuerpo en una masa negra y pestilente.

Antes de que Paul pudiera avanzar un solo pie, las armas le encañonaron.

—Atrás —amenazó Ertei—. ¿O quieres ser tú el primero en ir al espacio, ya que no está Zlair?

—Lo dejaremos para el último —dijo Corpet—. Antes debe ver cómo la chica revienta ahí fuera, ¿no?

—Buena idea —convino Jules riendo.

—Un momento —dijo Paul alzando un brazo—. Antes de bajar estuve a punto de poner un nuevo cilindro. No tuve tiempo. La nave está describiendo una órbita, alrededor del planeta, un poco desigual. Si antes de cinco minutos no alimentamos al ordenador caeremos cada vez más rápidamente sobre Dietar. Y sólo yo puedo manipular los aparatos.

—Es una vieja treta, Paul —dijo Ertei—. Me decepcionas ahora. ¿Tan tonto me supones? Yo también puedo manejar el ordenador. Vamos, uno de ésos será el primero —y señaló a uno de los compañeros de Mauricio—. Aquí también tenemos una salida al exterior. Lo observaremos por medio de la pantalla... ¿Qué es eso?

Prestaron atención y escucharon un soniquete apenas perceptible que fue aumentando de intensidad hasta parecer un constante repiqueteo. Ertei miró interrogativamente a Paul.

—El comunicador del puente de mando está recibiendo un aviso de

llamada. ¿Por qué no diriges la pantalla hacia la proa, Corpet?

El aludido preguntó a Ertei con la mirada, y éste asintió.

Cuando la pantalla estuvo encendida, les mostró una docena de relucientes puntos de luz en los que se reflejaba la luz de la estrella, destacándose en medio de la negrura espacial.

—Son naves patrulleras de la Galaxia —dijo Paul. Las reconoció en seguida.

Pálido Ertei se acercó a la pantalla.

—¿Cómo es posible? Ni en cien años se han acercado tanto a Dietar. No puede ser...

—Pues así es —dijo Paul sintiendo renacer en él la esperanza de salir de aquel trance con vida—. Debemos contestar de inmediato. Pueden abrir fuego contra nosotros.

—Están violando las leyes galácticas —estalló Ertei—. No tienen ningún derecho, a acercarse a un planeta independiente.

Paul rió con ganas.

—¿Tú apelas a las leyes?

La nave sufrió un fuerte tirón, pareció enderezar su ruta y luego otro violento golpe la recorrió.

—¿Qué pasa ahora? ¿Han disparado? —preguntó, trémulo, Jules.

—No. Ya lo advertí —dijo Paul—. Estamos abandonando la órbita. Si no alimentamos pronto el ordenador nos estrellaremos al penetrar en la atmósfera.

—Será mejor que le dejes ir al puente, Ertei —musitó Jules.

—Calla, cobarde. No caeremos. Es imposible. Antes eliminaremos a éstos, a tiros, y luego yo haré que la nave nos deje en tierra —aseguró Ertei.

—¿Y las naves galácticas? —preguntó el rey, mirando por la pantalla cómo se movían ahora alrededor de ellos, dispuestas a efectuar una maniobra.

—No dispararán porque carecen de motivo.

Hizo una señal a Corpet para que le ayudase a acabar con los prisioneros, cuando un ensordecedor ruido invadió la "Polem". Jules gritó:

—¡Disparan contra nosotros!

Sonaron más estrépitos. Parecían estar machacando con un gigantesco martillo el fuselaje de la nave. Paul sabía que eran anclajes magnéticos los que se adherían a ella procedentes de los cruceros de la Galaxia.

El poso se inclinó lo suficiente como para presentar un desnivel considerable. Jules, Corpet y Ertei resbalaron hasta el protector transparente de sílice y plomo de la pila. Paul gritó a sus compañeros,

mientras él se asía a una barra y cogía a Samantha del brazo:

—¡Agarraos!

Y tiró de la palanca.

La barrera de seguridad de la pila atómica se elevó y Jules y Corpet, gritando, cayeron sobre el metal radiactivo. Rápidamente, Paul hizo subir la palanca y las compuertas se cerraron justo a tiempo para impedir que Ertei siguiera el camino de sus aliados.

Apenas habían estado la barrera quitada unos segundos, pero fueron suficientes para que el tremendo calor les llegase.

La nave recobró su estabilidad y Mauricio corrió a desarmar a Ertei, quien no ofreció resistencia después de haber tenido la muerte tan cerca, una terrible y angustiosa muerte.

A través de la transparente pantalla pudieron contemplar cómo los cuerpos de Jules y Corpet se agitaban convulsamente en el interior de aquella reducida estancia, antesala de la poderosa fuerza atómica propulsora de la nave.

EPÍLOGO

El almirante Lahdier fue a visitarles semanas más tarde al centro donde se recuperaban de las radiaciones sufridas. Estaban todos en una sala. Habían sido dados de alta poco antes y esperaban que los vehículos pedidos llegasen a recogerlos.

Una vez acomodado, el almirante explicó:

—Hubiera querido venir antes, pero hubo mucho trabajo que hacer en Dietar.

—Nos lo figuramos —sonrió Mauricio.

—A usted, Kenton, le reclaman los nativos. Los rebeldes encontraron poca resistencia por parte del ejército real, una vez que éstos comprendieron que todo estaba perdido. La presencia de mis naves en el cielo, una vez que les rescatamos, les intimidó.

—¿Hubo mucha lucha?

—La imprescindible. El comité provisional reclama su presencia en Dietar, señor Kenton.

—¿Para qué?

El almirante hizo un gesto vago.

—Creo que intentan implantar un Gobierno democrático. Y le necesitan para nombrarle presidente hasta que se celebren elecciones.

—Pero eso es absurdo —mascculló Mauricio.

—¿Por qué habría de serlo? —rió Samantha.

—Si intervine en la política local y organicé la resistencia fue porque era la única forma de poder huir yo...

El almirante aseguró:

—A veces los grandes dirigentes han llegado a serlo de una forma tan ocasional como la suya, señor Kenton.

Los nativos de Dietar aplaudieron la decisión de sus compatriotas y animaron a Mauricio para que aceptase. Uno dijo:

—No es algo definitivo, Mauricio. Sólo será durante el período de transición.

—Pero no hay que descartar la posibilidad de que seas reelegido posteriormente...

Mauricio lo fulminó con la mirada y luego se echó a reír.

—Bien, un asunto resuelto. Dietar se alegrará. Ya hemos empezado a desmontar el tinglado. Esa bomba natural que estaban montando ya no representa peligro alguno. La veta radiactiva será usada para la explotación. La Galaxia necesita energía barata. Los esclavos han sido liberados y la mayor parte de éstos están en sus mundos de origen o camino de ellos.

—¿No fue una ilegalidad la intervención de sus naves, almirante? —preguntó Paul.

—De ningún modo. Tal vez al principio sí lo fuera, pero luego descubrimos que teníamos motivos sobrados. Dietar podía convertir en esclavos a sus habitantes a la Galaxia.

—¿Por qué fue usted allí, señor?

El almirante contuvo sus deseos de reír al mirar a Paul y decirle:

—Las autoridades ya tenían conocimiento de las múltiples deudas de sus empresas, señor Koren. Le vigilábamos a distancia. Cuando dejó de frecuentar los sitios de placer de la Tierra, de divertirse, todo el mundo empezó a notar su falta. Creíamos que había escapado. Supimos que su nave particular estaba en Kution y me enviaron allá. Investigamos y la policía local nos Informó que su nave había partido el día anterior para Dietar, aunque ignoraban si usted iba a bordo. Llegamos a Dietar cuando la "Polem” ya había aterrizado y comprendimos que nada podía hacer. Estábamos a punto de marcharnos cuando descubrimos que su nave establecía una órbita planetaria después de despegar inopinadamente. La observamos y llegamos a la conclusión que algo raro pasaba. Entonces lanzamos las garras magnéticas.

—Fue oportunamente —resopló Mauricio. Y contó lo sucedido en la nave, concluyendo con la forma cómo se libraron del rey, Corpet y Ertei.

—Sentía curiosidad también por conocer los detalles —dijo el almirante.

Cuando las tropas de la Galaxia entraron en la “Polem” se dedicaron a socorrer a todos, ya ligeramente contaminados por la radiación. A Paul y Mauricio sólo les permitieron presentar una acusación contra Ertei.

Rápidamente los trasladaron a la Tierra para recibir tratamiento.

Paul tomó las manos de Samantha. La miró a los ojos y dijo:

—De no ser porque he encontrado a esta muchacha, yo me consideraría el más desgraciado de cuantos han intervenido en esta aventura, después de los tres aliados, claro.

—¿Se refiere al estado de quiebra de sus empresas, señor Koren? —inquirió el almirante.

—¿A qué si no iba a referirme?

—Es posible que salga bien de ésta —sonrió el militar, rascándose una oreja.

—No veo cómo...

—Me han informado que sus empresas son concesionarias de todas las líneas de navegación con los mundos de Leis. ¿No es cierto?

—Sí, desde luego. Pero sigo sin comprender.

—¿No lo ve claro? Los fabulosos yacimientos de Dietar han de ser explotados y sólo sus naves pueden distribuir el material radiactivo por la Galaxia, a no ser que sea tan tonto y pierda la concesión.

Paul casi saltó de la silla.

—Es cierto —dijo Mauricio—. Tus acreedores tendrán que esperar para cobrar, Paul. Yo propondré al senado de Dietar que además sean tus empresas mineras las que exploten los yacimientos. Tus acreedores tendrán que esperar algún tiempo para cobrar. En incluso te prestarán un par de cientos de créditos.

—¿Doscientos créditos? —preguntó Paul—. ¿Para qué quiero yo esa miseria?

Se habían levantado porque un ordenanza les hizo señas que los aéreos esperaban.

—¿Es que no vas a regalarle un anillo de compromiso a alguien? —preguntó Mauricio, riendo—. Te advierto que conozco tu fama de mujeriego y no consentiré que Samantha sólo sea un pasatiempo para ti. Tengo que asegurarme.

Estaban ya en el terrado, cerca de los aéreos. Paul agarró a Samantha por la cintura y preguntó:

—¿Te conformarás con un anillo de doscientos créditos? Será hasta que pueda adquirir uno que valga un millón.

Ella le besó, replicando:

—Reserva ese dinero.

—¿Para qué? —preguntaron todos a coro.

Samantha se izó para susurrar algo a Paul, que asintió y dijo en voz alta, mientras empujaba a la muchacha al interior del vestíbulo:

—De acuerdo. Creo que encontraremos un apartamento tranquilo que nos lo alquilen por doscientos créditos.

Mauricio cerró la puerta del aéreo cuando la pareja entró e hizo una señal al conductor para que partiese.

Saludó al almirante e indicó a los de Dietar que entrasen con él en el segundo aéreo.

F I N